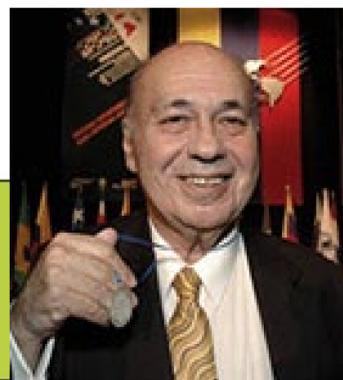


Dice José Balza sobre Pedro Cunill: Que un geógrafo realice la admirable tarea de imbricarnos con nuestro entorno, como si cada detalle de la historia venezolana fuese parte de cada uno de nosotros, y no solo de los nombres ilustres que firmaron actas de posesión o documentos oficiales, es un signo que no

solo amplía el alma criolla (como una geografía psíquica) sino que probablemente hará surgir nuevos historiadores, capaces de reconocer la importancia de la vida cotidiana e inmediata, tan determinante del carácter de un país como la de héroes y políticos.



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

RESISTENCIA

DOMINGO 13 DE FEBRERO DE 2022

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Luis Mancipe León

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

SIGLO XX >> EL GOLPE DE ESTADO CONTRA RÓMULO GALLEGOS (1948)

Marco Tulio Bruni Celli: Hemos sido a lo largo de doscientos años una sociedad pretoriana

NELSON RIVERA

¿Podría describir el ambiente político venezolano entre 1945 y 1948?

La intensidad y extensión de la movilización social durante el “trienio” no tenía precedentes en nuestra historia. En ese corto período se celebraron tres procesos electorales con participación directa del pueblo (primero para la Asamblea Nacional Constituyente, luego para Presidente de la República, Congreso Nacional y Asambleas Legislativas, y finalmente para Concejos Municipales) todo en un ambiente dinámico en que noveles partidos políticos, hasta entonces sin mayor experiencia democrática, se enfrentaron en intensa competencia. La dirección y administración del Estado y la lucha política por alcanzar el poder y ejercer influencia habían pasado, de la noche a la mañana, de aquellos distantes y oscuros cenáculos, que hasta entonces habían concentrado y manejado todo el poder, a nuevos dirigentes sociales que desde el gobierno y desde la oposición ahora competían abiertamente en el Parlamento, en la prensa, en la tribuna pública y en la calle. En otras palabras, se vivía un ambiente político absolutamente distinto. A aquella intensa pugna política se sumaban las demandas por mayores cuotas de poder y presiones que ejercían los militares que, aunque socios del gobierno, ya conformaban un nuevo frente político, y también la natural resistencia a los cambios por parte de las viejas élites apartadas del poder pero que estaban allí, acechantes, en busca de recuperar sus tradicionales privilegios.

Hablemos del Rómulo Gallegos de 1948. ¿Era realmente percibido como un referente moral? ¿Estaba preparado para gobernar a Venezuela?

Sin duda era un referente moral. Su candidatura venía a satisfacer la justa aspiración de los venezolanos de tener un presidente civil, emanado de la voluntad popular. Laureado intelectual, con extensa obra escrita, bien ganado prestigio universal y reconocido como demócrata. Decía, “escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitaciones de la angustia venezolana”. Ningún problema fundamental de Venezuela escapó a su creación literaria. En definitiva, las novelas de Gallegos eran cabal interpretación de la sociedad captada en todos sus detalles y descrita en prosa excepcional. Sobre ellas había dicho Gallegos: “...aspiro a que mi mundo de ficción retribuya al de la realidad sus préstamos con algo edificante”. De indoblegable dignidad, antes que ofrecer y prestar sus servicios o hacer loas a la autocracia o de empeñar su talento en busca de “explicaciones sociológicas” a la existencia de la autocracia, como había sido la conducta de unos cuantos, optó por la dignidad, rechazando la oferta de la Senaduría por el Estado Apure que le ofreció el dictador. Por el contrario, se fue al exterior y vivió también las angustias y estrecheces del exilio. Luego de la muerte de Gómez, exhibió su pensamiento y su fe democráticos como activo parlamentario, ministro de Educación y concejal. En cuanto a lo otro, si era o no el hombre preparado para presidir a Venezuela en aquellas circunstancias, debo decir con sinceridad que no lo era. Más tarde esta verdad la reconoció el propio Gallegos. El

Marco Tulio Bruni Celli es sociólogo y abogado (UCV) y doctor en Ciencias Políticas (Cornell University). Fue diplomático, presidente de la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos de la OEA, diputado al Congreso Nacional y profesor jubilado de la UCV. Su más reciente libro, *24 de noviembre de 1948* (Dahbar Editorial), es un pormenorizado estudio del golpe de Estado que derribó el gobierno encabezado por Rómulo Gallegos



MARCO TULLIO BRUNI CELLI / ©VASCO SZINETAR

empeño de Betancourt y de la mayoría de la dirigencia del partido de lanzar su candidatura estuvo entonces, y aún permanece, en la polémica.

Hay dos hechos: la auto inhibición de Betancourt y la elección de Gallegos como candidato que constituyen enigmas de la política del siglo XX. ¿Betancourt se equivocó doblemente?

Son quizá los hechos de aquel proceso más polémicos en cuanto a su origen y propósitos. En el libro, afirmo que la o las razones del decreto auto inhibitorio nunca estuvieron claras para la opinión y entonces más bien se le consideró por unos como un gesto de “ingenuidad”, y por otros como un exceso de honradez política. Contradecia todo lo esperable en situaciones políticas parecidas, pues en tales casos los recién llegados más bien inventan razones para seguir en el poder. Los propósitos del decreto, en mi opinión, eran evitar divisiones internas en la pugna por la candidatura, dar mayor fuerza a la futura candidatura de Gallegos y, muy especialmente, cerrar las puertas a una posible candidatura militar. En cuanto a lo otro, Betancourt estaba consciente del peligro que para la amenazada democracia significaba la presidencia de Gallegos, quien se calificaba a sí mismo como un escritor prestado a la política. En la situación de entonces, la democracia necesitaba de un líder político fuerte, hábil, con mayor experiencia en la confrontación y la defensa. Pero había un “compromiso histórico”. Alrededor de su figura y su prestigio se había fundado Acción

Democrática. Además ya para el momento de la escogencia de la candidatura el Partido estaba dividido internamente entre los partidarios de uno y otro. Claro, estaba también vigente el decreto inhibitorio que de ser violentado por Betancourt hubiera dado fuerza a una confrontación interna en AD y quizá finalmente, como suerte de solución, a una posible candidatura militar. El escritor Robert Alexander dice que Gallegos estuvo entonces y durante todo el resto de su vida muy consciente de la situación y había entendido las dudas que muchos tuvieron sobre su capacidad para ejercer la Presidencia en aquellas circunstancias. Afirma que Gallegos, en ocasión de la celebración de sus setenta y cinco años de edad, en 1959, le hizo un comentario que Alexander recogió literalmente. Gallegos habría dicho que “...no estaban equivocados quienes aconsejaron a Betancourt... ser entonces el candidato de mi partido, porque sus manos eran mucho más expertas que las mías en el manejo de los asuntos públicos... pero Rómulo había dado su palabra y no podía echarse para atrás...”.

¿Gallegos tuvo una política hacia las fuerzas armadas? ¿Tenía consciencia del peligro que lo acechaba?

Todo hace pensar que al menos no tuvo la necesaria flexibilidad para el difícil manejo de las relaciones entre los civiles y los militares. Betancourt intentó ayudarlo en momentos de crisis y Gallegos no lo escuchó, y más bien, como expresión de ese rechazo, le insinuó que se alejara del país, lo

que ciertamente ocurrió en momentos críticos. Gallegos recibió oportunas advertencias e informaciones sobre conspiraciones en marcha y se negó a tomar las medidas para enfrentarlas. Mantuvo plena confianza en Delgado Chalbaud, quien lo engañó hasta el final. Era un hombre de principios morales muy rígidos como recuerda Manuel Caballero, no un político que supiera maniobrar, emplear a un mismo tiempo la mano zurda, el garrote y el terrón de azúcar. Creía ingenuamente que para entonces la democracia estaba asegurada por su origen legítimo.

El 18 de octubre de 1945 –el golpe de Estado contra Medina Angarita– ¿abrió las puertas al 24 de noviembre de 1948? ¿Están conectados estos dos momentos?

Hay una lógica relación en cuanto a sus autores y orígenes, pero no así en cuanto a sus consecuencias. En ambos casos los actores principales fueron los mismos y también ambos hechos tuvieron como fundamento primario el pretorianismo como vicio histórico, es decir, la ambición militar por el poder político. Pero en cuanto a sus consecuencias sabemos que el 18 de octubre más bien retrasó por tres años el 24 de noviembre. El golpe militar que condujo a la dictadura venía de todos modos y la alianza con AD lo retrasó por tres años. Y en ese tiempo el país vivió una experiencia democrática que fue fundamental para la exitosa lucha contra la dictadura que se instaló el 24 de noviembre. El 18 de octubre dio origen a un gobierno civil, democrático,

que introdujo profundos cambios sociales, políticos y económicos, que en poco tiempo recibió legitimación por limpios procesos electorales. Se reconocieron y respetaron los derechos humanos. Nacieron y se consolidaron los partidos políticos y otras instituciones fundamentales para la democracia. En contraste, el 24 de noviembre originó una dictadura militar, significó una regresión política, que terminó por neutralizar a los partidos políticos, por perseguir y encarcelar a los opositores, torturar y asesinar y hasta imitar, para vergüenza de nuestra historia, la aberrante figura de los campos de concentración. Por eso en el libro, rechazo la tesis sustentada por los militares y por algunos de sus cómplices civiles de que hubo una “rectificación”, y sostengo que el 24 de noviembre fue una total ruptura del proceso. Pocaterra, comisionado por los militares para buscar el reconocimiento de Washington, les había dicho a los funcionarios americanos que el 24 de noviembre tenía la misma naturaleza, obedecía a la misma dinámica, reposaba sobre las mismas bases y tenía la misma justificación, política y moral que el 18 de octubre. Que el golpe contra Gallegos no debía verse como una situación extraña pues era absolutamente normal, resultado de una lógica sucesión de acontecimientos pues así como el ejército había llevado al partido AD al poder, ahora simplemente lo había removido de este. Ignoró que Gallegos había sido electo por el pueblo.

(continúa en la página 2)

Marco Tulio Bruni Celli: Hemos sido a lo largo de doscientos años una sociedad pretoriana

(viene de la página 1)

Se repite que Betancourt habría mejorado la cuestión militar con talento.

Creo que una de las principales carencias del liderazgo civil venezolano ha sido, y de alguna manera sigue siendo, el casi absoluto desconocimiento del mundo militar. Y esta falla es especialmente absurda cuando nos damos cuenta de que la política venezolana a lo largo de toda su historia recoge una sucesión de hechos que evidencian la permanente pugna por el poder entre los militares y los civiles. El resultado de esta confrontación ha sido que los militares han dominado la política, y solo de manera excepcional e incompleta lo han logrado los civiles. El pretorianismo militar ha sido acompañado de una suerte de pretorianismo civil, pues siempre los civiles han estado sometidos al mundo militar. Nuestra historia política registra una continuada conducta de sumisión, dependencia, cooperación y temor del mundo civil al mundo militar. Lo recordaba Gallegos cuando en 1959 recibió el Doctorado Honoris Causa en el Paraninfo de la Universidad Central de Venezuela. Entonces, en su discurso, recordó la imprecación que ya había escrito en su novela Reinaldo Solar: “Universidad: casa de segundones, hermana menor de la revuelta armada, tú también tienes la culpa pues si el mayorazgo de la violencia enseñoreada de nuestra historia se había formado en los campos de batallas fratricidas, propicios a las hegemonías de los hombres de presa, de las universidades habían salido los doctores encargados de darles y ponerles ropaje artificioso de cultura a los desmanes de los apetitos dictatoriales del hombre del sable victorioso...”.

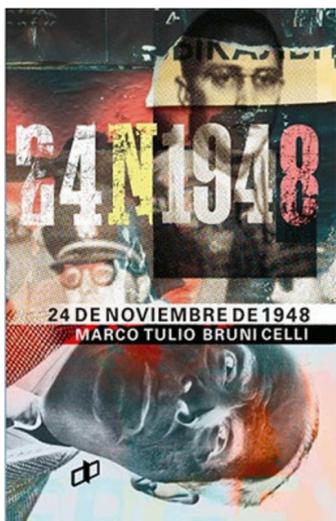
Creo que Betancourt fue el Jefe político democrático que mejor estudió y conoció el mundo militar. Lo comprueban varios hechos: nunca fue derrocado, no obstante los muchos intentos, y también pudo desafiar y vencer, con éxito el veto a su condición de Jefe del Estado y dirigente político que le había impuesto buena parte de la alta oficialidad. Se hizo respetar y fue obedecido. Aun siendo civil, los militares lo respetaron como si fuese un líder militar.

Uno de los factores que explican el golpe a Gallegos fue el sectarismo de AD, ¿existía?

Sin duda que existía. Esa desviación de conducta causó mucho daño y sin duda debe contarse entre las “causas” de la caída del gobierno. Los dirigentes del Partido así lo han admitido. No había experiencia de vida democrática, apenas dábamos entonces los primeros pasos. Betancourt combatió el sectarismo y varias veces, condenándolo, hizo referencias a su origen. Las revoluciones –dijo– tienen su propia dinámica y en las horas álgidas de su nacimiento el afán de defenderlas conduce a extralimitaciones inevitables. Afirmó que no se cambia tampoco de la noche a la mañana, por Decreto, el que ha sido tradicional estilo de gobierno ni se eliminan por resolución ejecutiva los resabios ancestrales acumulados. La mejor prueba de que el sectarismo respondía a la inexperiencia e inmadurez es que años más tarde, una vez rescatada la democracia en 1958, funcionaron sin mayores conflictos los gobiernos de coalición entre partidos políticos.

¿Qué otros factores fueron impulsores del golpe de Estado?

Hay una larga lista, de variable influencia: la tradición española de los pronunciamientos; el difícil y siempre inestable desempeño y las amenazas a la estabilidad y riesgos propios de cualquier ensayo de co-gobierno cívico-militar; el pecado original de AD de haber llegado al poder en brazos de los militares; la perversa vocación subversiva de las logias militares, entonces muy activas en la región; la política injerencista de los Estados Unidos sobre los países de América Latina, especialmente intensa en aquellos años de inicio de la Guerra Fría; la dura confrontación entre el partido de Gobierno y los partidos de



“
Se ha llegado al extremo de dar el nombre de Juan Vicente Gómez a un aeropuerto”

oposición y los muchos otros conflictos en el mundo civil en buena parte derivada de la inexperiencia y carencia en el liderazgo civil de una cultura democrática; las prácticas y manifestaciones de sectarismo atribuidas con razón a AD; la apabullante fuerza electoral del partido de gobierno; la debilidad de la defensa por parte del liderazgo civil bajo la presidencia de Gallegos en momentos en que debió enfrentar las presiones y amenazas de los militares; las fisuras internas que en momentos críticos se produjeron y se hicieron evidentes entre los principales líderes del partido de gobierno; la ineficacia y la no aplicación oportuna de los pocos medios jurídicos y políticos disponibles para enfrentar la conspiración y las debilidades y vacilaciones en el momento de defender la institucionalidad y de enfrentar las amenazas y acciones de los militares golpistas.

¿Cómo fue posible que Gallegos detenido haya escrito su carta de despedida y además se la haya entregado a Humberto García-Aro-

cha? ¿Por qué sus captores lo permitieron?

Gallegos escribe la carta y sale expulsado del país apenas pocos días después del golpe de Estado. Todavía los militares mantenían cierta prudencia quizá en busca de asegurarse el inicial silencio de los sectores democráticos del país, que ya habían hecho presencia en Miraflores durante el curso de los acontecimientos y no habían protestado ni siquiera por la disolución del Congreso y la abolición de la Constitución. De todas maneras la carta de Gallegos fue publicada por muy pocos medios. Prueba de esa prudencia de los militares fue que incluso, el 15 de diciembre, el embajador de los Estados Unidos pudo visitar y conversar, con permiso de la Cancillería venezolana, a Rómulo Betancourt que estaba asilado en la Embajada de Colombia.

¿Cómo eran aquellas fuerzas armadas de 1948? ¿En qué habían cambiado con respecto a los tiempos anteriores?

Estaban dirigidas por una nueva y joven oficialidad, la mayoría formada en Escuelas Militares, y algunos con cursos en academias del exterior. Para el 24 de noviembre el grado superior para el servicio activo era de teniente coronel. A raíz del 18 de octubre se habían transformado en socios del poder político civil, con aspiraciones corporativas, y ya habían elaborado y defendían la tesis de que el poder militar tiene a su cargo la vigilancia, calificación y salvaguarda de la marcha de las instituciones del Estado. Ya para entonces estaban convertidos en árbitros de la política. Por eso el comunicado de instalación del gobierno militar el 24 de noviembre finalizaba con una frase reveladora: con el derrocamiento del gobierno “una vez más las Fuerzas Armadas están cumpliendo con los sagrados deberes a ellas encomendados...”.

¿Qué resulta de comparar el pretorianismo de 1948 con el de hoy en Venezuela?

Hemos sido a lo largo de los doscientos años de vida independiente una sociedad pretoriana, como también lo han sido las de otros países de la región. Los militares nunca han aceptado de buena gana la existencia de gobiernos civiles y siempre han presionado por altas cuotas de poder y mantenido y practicado su “derecho” a derrocarlos. Cuando no han ejercido todo el mando entonces han hecho punto de honor conservar un alto grado de autonomía funcional y administrativa. Es el caso de Venezuela: lo fue

en aquellos años de 1945 a 1948, luego más abiertamente durante la dictadura de los diez años, y también a lo largo de los cuarenta años de la democracia. Por supuesto que es también el caso de hoy, pero con mayor intensidad. A partir de 1999 con la llegada de Chávez y de manera creciente los militares han pasado a ejercer, de manera directa, la actividad y la militancia política, se sienten y actúan como dirigentes de un partido político, muchos ocupan importantes cargos en la administración como ministros, directivos de institutos autónomos, gobernaciones de estados, y a diario dan declaraciones de carácter político-partidista, actúan en defensa de grupos ideológicos y conforman el núcleo central de una nomenclatura en la que se toman las más importantes decisiones políticas y administrativas. Por otra parte, en la nueva Carta Magna desaparecieron las muy pocas y débiles disposiciones de control civil contenidas en la Constitución de 1961. Y por el contrario, más bien allí se les otorgó el derecho al voto y el derecho al antejuicio de mérito a los oficiales generales, y se les dio la función de institución fundamental para el desarrollo político y socio-económico del país.

Sostiene que se ha silenciado el aporte civil de la emancipación de Venezuela, destacando el protagonismo militar. Lo llamativo es que, en líneas gruesas, puede decirse que la historia de Venezuela ha sido escrita por civiles.

Es cierto que el proceso de independencia de Venezuela, a diferencia de lo que ocurrió en otras partes del mundo, pero al igual que en otros países de América Latina, fue principalmente de naturaleza bélica, y por tanto estuvo dirigido y ejecutado mayormente por militares. De allí que al registrar y analizar nuestro pasado la historiografía relata fundamentalmente las campañas militares y las batallas libradas por los ejércitos. Pero también es cierto que hubo, durante la independencia y a lo largo de la vida republicana, una importante participación y contribución civil en ideas, principios, proposiciones y logros de unidad regional y continental, de iniciativas de formación y aplicación del derecho humanitario, de la lucha por el desarrollo político y de constitucionalismo democrático. A lo largo de los doscientos años no es que se hayan ignorado pero no se les ha dado el lugar merecido en la historia del proceso civil. Como recordaba Rómulo Betancourt, poco se sabe de la obra de Juan Germán Roscio sobre el conflicto entre la libertad y el despotismo, o que Andrés Bello es uno de los forjadores del ordenamiento jurídico y de las instituciones democráticas de Chile, o de Miguel José Sanz, el Maestro de Bolívar, quien se ade-

lantó a su tiempo al intuir el moderno concepto de la educación de masas, o de Fermín Toro con su crítica al liberalismo económico y a la autocracia como sistema político. Por el contrario, como expresión de un continuado pretorianismo se hace homenaje y recuerdo histórico mucho más a los personajes militares. Se ha llegado al extremo de dar el nombre de Juan Vicente Gómez a un aeropuerto, al mismo tiempo que se ha borrado y sustituido el nombre de José María Vargas en su propio Estado natal. En definitiva, la exaltación del papel jugado y a la memoria de los militares y la relativa ignorancia o desconocimiento de la contribución del mundo civil tanto en el proceso de independencia como a la posterior evolución republicana, ha servido para crear mitos que a largo de la historia han perseguido, y persiguen, el perverso propósito de dar preeminencia histórica y política al estamento castrense por encima de los civiles. Sin darnos cuenta seguimos cultivando y practicando una continuada adoración por aquellos mitos y hasta llegamos a admitirlos como si fueran verdades incontestables. Por ejemplo, después de doscientos años se ha llegado al absurdo extremo de calificar como “ejército libertador” al actual componente mayoritario de las Fuerzas Armadas, afirmación que se repite a diario y se proclama sin rubor alguno en decretos, allocuciones, desfiles, estandartes y consignas.

¿Tiene solución el pretorianismo venezolano? ¿Qué recomendación daría a los sectores políticos o a futuros legisladores?

La institución militar, en su conjunto, ha sido el verdadero poder político y base de sustentación de los gobiernos de Chávez y Maduro (ambos caracterizados por violación sistemática de derechos humanos, corrupción generalizada, ineficiencia, entrega de la soberanía a gobierno extranjero, narcotráfico, ruptura del orden constitucional, desconocimiento de la voluntad popular). Esta situación plantea algunas interrogantes, la primera de las cuales pudiera ser ¿qué debe hacer la democracia con la institución militar una vez que recobremos el sistema de derechos y las libertades públicas? Sobre el asunto hay experiencias de otros países de América (en unos se ha llegado al extremo de la abolición como en Panamá y Costa Rica, en otros como Argentina se ha logrado un mayor y eficaz control civil, y en algunos se les ha modificado de manera substancial en cuanto a su tamaño, estructura y funciones) y también se han expresado muchas y contradictorias opiniones por especialistas conocedores del tema y de profesionales destacados.

(continúa en la página 3)



MARCO TULLIO BRUNI CELLI / ©VASCO SZINETAR

SIGLO XX >> EL GOLPE DE ESTADO CONTRA RÓMULO GALLEGOS (1948)

Mensaje de Rómulo Gallegos, detenido en la sede de la Escuela Militar

RÓMULO GALLEGOS

S algo del país expulsado por las Fuerzas Armadas, que se han adueñado del Gobierno de la República, y de las cuales he sido prisionero desde la mañana del miércoles 24 de noviembre de 1948. No he renunciado a la Presidencia de la República a que me llevó el voto del pueblo en la jornada democrática de las elecciones efectuadas el 14 de diciembre del año anterior, y al dejar el territorio de la Patria no quiero dirigirme al pueblo en formas altisonantes de alocuciones para pedirle sacrificios en la defensa del derecho que se le acaba de arrebatar, sino para invitarlo a reflexionar sobre el verdadero sentido del acontecimiento que acaba de producirse, porque es un momento dramático de su historia, este que atraviesa Venezuela.

Ya dije, repetidas veces, en las plazas públicas de casi todo el país, durante mi campaña electoral por la Presidencia de la República, que la suerte que entonces se estaba decidiendo no era la de unos determinados partidos en contienda electoral, sino el destino de la democracia venezolana que por primera vez en nuestra historia iba a campar por sus fueros sin restricciones ni artimañas en el terreno del sufragio, y por desventura nuestra lo que ha sucumbido bajo el golpe militar no es solo la actividad lícita de mi Partido, sino todo el sistema político de auténtica consulta de la voluntad popular para la constitución de gobiernos legítimos, sistema que no puede realizarse sino por medio de la existencia de organizaciones políticas con efectiva libertad de acción.

Y la verdad, la ingrata verdad, es esta: la usurpación del poder llevada a cabo por las Fuerzas Armadas va encaminada forzosamente a la supresión de la actividad de los partidos políticos, siendo necesario reconocer que el proceso que acaba de culminar comenzó desde la misma noche del 19 de octubre de 1945 cuando se organizó la Junta Revolucionaria de Gobierno con mayoría de hombres de Acción Democrática.

Dos corrientes comenzaron a producirse en el seno de las fuerzas militares desde el primer momento: por un lado los jefes y oficiales dispuestos a mantenerse fieles al compromiso contraído con el pueblo de Venezuela de restituirle el uso pleno de su soberanía política, fundamento de nuestro régimen institucional aunque nunca realmente practicado, a fin de que no fuese ya la voluntad omnimoda de jefes militares con respaldo de fuerzas armadas, la que decidiese en qué manos podrá quedar el Gobierno de la República, sino la soberana voluntad del pueblo en comicios libres de toda presión; y al contrapuesto lado, los hombres de armas que no aceptan que se rompiese la tradición venezolana de que ellos y solo ellos pueden

El presidente Gallegos fue detenido y llevado a la Escuela Militar, donde permaneció prisionero hasta el 5 de diciembre, cuando fue expulsado del país en vuelo hacia la isla de Cuba. En conocimiento de que sería extrañado del país, escribió su mensaje de despedida al doctor Humberto García-Arocha, quien se encargó de llevarlo a los medios. Algunos lo publicaron. Este es el texto de aquel mensaje



RÓMULO GALLEGOS ENTRE MULTITUD / ARCHIVO

ser, en última instancia, los verdaderos electores puesto que eran legítimos herederos de aquel que alzó la arrogancia armada de sus arrestos de valentía ante la serenidad hermosa y enérgica, pero totalmente ineficaz del Presidente José María Vargas. Conspiraciones y golpes frustrados fueron las tentativas por medio de las cuales los sostenedores de la tesis militarista quisieron detener la marcha del proceso cívico que se había iniciado y que queda señalado en nuestra historia por dos jornadas electorales: la que dio origen a la Asamblea Nacional Constituyente, el 27 de octubre de 1946, y la de la elección del Presidente de la República y los Senadores y Diputados el ya mencionado 14 de diciembre de 1947, hermosos momentos de nuestra historia en los cuales el pueblo venezolano —hombres y mujeres, letrados y analfabetos— dio un admirable ejemplo de madurez de consciencia política y de plena capacidad para los ejercicios pacíficos del civismo. Pero si eso debió satisfacer a los militares de la primera de las actitudes mencionadas y definidas y que podríamos calificar de civilistas, en cambio, no podía sino lanzar por el camino de la violencia a aquellos otros que no estaban dispuestos a renunciar al tradicional privilegio que hasta el octubre revolucionario detentaron, directa e indirectamente, y he aquí cómo acaba de producirse el zarpazo.

Antes agotaron sus esfuerzos algunos altos jefes del ejército y entre ellos el ministro de la Defensa, en quien yo había depositado mi confianza, en el propósito de ablandarme para obligarme a ceder a sus ambiciones de prepotencia, llegando hasta intentar imponerme líneas de conducta política. Resistí a tales pretensiones con la entereza a que me obligaba la confianza del pueblo depositada en mí, pronuncié las palabras enérgicas que el destino me dictaba, como también las más persuasivas que las circunstancias requerían, y cuando ya nadie podía dudar de mi inflexibilidad en la defensa del honor del poder civil con que el pueblo me había investido, cuando ya nadie podía acariciar la esperanza de que yo fuese un juguete en manos voluntaristas, se produjo una vez más el atentado de la fuerza contra el derecho.

Paralelo a ese antagonismo entre el poder civil y el poderío militar que tiene en Venezuela carácter histórico, venía desarrollándose y acentuándose el que se planteaba entre los tenedores de las fuerzas económicas más poderosas del país y la política de democratización de la riqueza y de justa remuneración del trabajo que por medio de créditos fáciles y baratos, en auxilio del pequeño industrial, del campesino y del obrero necesitado de vivienda propia, mediante una justa aplicación de la Ley del Trabajo amparadora de las legítimas reivindicaciones obreras, iba firmemente adelantando mi Gobierno constitucional.

Fuerzas de raigambre reaccionaria, aquellas, en la mayor parte de sus componentes humanos —porque hay, sin duda, honrosas excepciones— que no podían cruzarse de brazos ante esa mencionada política y a las cuales yo acuso, sin mínimo temor de incurrir en imputación calumniosa, de haber sido animadoras de esta concitación de las Fuerzas Armadas contra los derechos del pueblo en lo político y contra sus legítimas conquistas logradas en lo económico y social.

Poderosas fuerzas económicas las del capital venezolano sin sensibilidad social y, acaso, también las del extranjero explotador de la riqueza de nuestro subsuelo, del cual no era dable esperar que aceptase de buen grado las limitaciones que les hemos impuesto en justa defensa del bienestar colectivo con el aumento de sus tributaciones al fisco nacional y con la determinación de no continuar prodigando nuevas concesiones petroleras que han de ser reservas de la riqueza del porvenir de Venezuela, han sido ellas —no vacilo en denunciarlas, repito— las que han inflado la gana tradicional de poderío que alimentaban los autores del golpe militar hoy victorioso.

Pero hay todavía algo más que Venezuela e Hispanoamérica entera deben saber. Aquí ha ocurrido un acto más de la tragedia que en nuestra Améri-

ca viene ya padeciendo la democracia. ¿Quién maneja esa máquina de opresión que ya se ha puesto en marcha sobre nuestro Continente? ¿Qué significa la presencia constatada, por personas que me merecen fe absoluta, de un agregado militar de embajada de potencia extranjera en ajetreos de cooperador y consejero en uno de las cuarteles de Caracas mientras se estaba desarrollando la insurrección militar contra el Gobierno Constitucional y de puro legítimo origen popular que yo presidía?

No ha sido pues, tal insurrección un accidente de nuestra vida política, de suyo propicia a las conmociones de este género, sino un síntoma más sobre la América de nuestra lengua y de nuestro espíritu, de algún propósito prepotente de impedir que nuestros pueblos afirmen su esencial característica democrática y desarrollen libremente su riqueza para obtener su independencia económica, a fin de que no puedan decidir su propia suerte histórica como pueblos soberanos.

Piensen en todo esto si quiera un poco los que hoy, ofuscados por las pasiones políticas, celebran el derrocamiento del Gobierno Constitucional que yo he presidido: penetren con ánimo sereno en el verdadero sentido de este acontecimiento y adviertan que no es cosa de que pueda regocijarse ningún partido político nutrido de sentimiento venezolano, y realmente puesto al servicio de la Democracia. La obra llevada a cabo por los hombres de Acción Democrática que hemos asumido responsabilidades de Gobierno será juzgada por la historia imparcial, pero el destino que se está decidiendo en estos momentos no es el de un grupo político, sino el de un pueblo, nuestro pueblo, con derecho o no a decidir su propia suerte.

Y yo he cumplido el deber que me fue señalado, yo he defendido hasta el último momento de responsabilidad activa, la dignidad del Poder Civil cuyo ejercicio se me confió dentro del marco de las leyes y de esta nueva experiencia de mí mismo ante el destino no me llevo amarguras sino profundas satisfacciones: he sido objeto de la confianza de mi pueblo, fui lealmente asistido de la recta colaboración de compañeros de partido y de meritisimos ciudadanos políticamente independientes —lamentable excepción la del ministro de la Defensa Carlos Delgado Chalbaud— y junto con ellos he contribuido a que Venezuela hiciera, a su vez, una experiencia enaltecedora de su dignidad histórica que difícilmente podrá olvidar.

Respondan desde ahora de su porvenir quienes han empeñado las armas de la violencia contra los legítimos ejercicios del derecho.

Caracas, diciembre de 1948. ☉

*Copiado del libro *24 de noviembre de 1948*, de Marco Tulio Bruni Celli. Editorial Dahbar. Caracas, 2021.

Marco Tulio Bruni Celli: Hemos sido a lo largo de doscientos años una sociedad pretoriana

(viene de la página 2)

He escuchado y anotado diversas opiniones al respecto. Por ejemplo, el general Fernando Ochoa Antich declaró que "...unas FAN que comete ese error histórico (se refiere a su apoyo al gobierno de Maduro) sin duda difícilmente podrá subsistir durante un cambio político. Tendría que ser modificada en su totalidad o podría darse el caso como el de Costa Rica. Pienso que los integrantes de la FAN tienen que reflexionar sobre el problema...". El vicealmirante Rafael Huizi Clavier plantea la tesis de una profunda transformación, convertir las en una organización pequeña, de

alto nivel profesional, con armamento mediano, con limitada capacidad ofensiva, y sobre todo con una rígida disciplina forjada a través del profesionalismo y del apolitismo. Hay en Venezuela un creciente interés por el estudio del tema militar tanto en el mundo político como en el académico. Sobre el proyecto de unas nuevas y modernizadas fuerzas armadas han opinado también el general Francisco Usón y el coronel y doctor José Machillanda Pinto. Allí están las investigaciones del ya fallecido profesor Domingo Irwin, y las de sus alumnos como Hernán Castillo y Luis Alberto Butto, cuyos trabajos constituyen una excelente contribución al cono-

cimiento de la materia. Y para citar apenas algunos otros, están los trabajos de Ricardo Sucre, Rocío San Miguel, Francine Jácome y José Alberto Olivari. Creo que deberíamos conformar desde ahora un equipo multidisciplinario encargado de producir ideas y quizá hasta de proponer uno o varios modelos alternativos. Pienso que es tiempo de intercambiar y poner juntas las ideas e intensificar estos estudios. Tengo conocimiento de que hay personas, en el mundo de la academia así como de profesionales militares y de las ciencias sociales aplicadas, que han adelantado proposiciones al respecto. Un punto central de esos estudios debe ser el de que las

Fuerzas Armadas, si sobrevive a esta crisis que les ha erosionado su prestigio y las ha apartado de sus funciones específicas, deben someterse al control civil y dedicarse a cumplir con su verdadera función de defensa exterior y de garantía de la soberanía e integridad de la nación. De otra manera, si los militares siguen empeñados en ejercer funciones políticas, la democracia estará siempre amenazada en su naturaleza y existencia.

¿Podría compartir cómo fue el proceso de maceración y producción de su libro? Sorprende la cantidad y diversidad de fuentes consultadas.

Antes de iniciar la investigación que dio origen a este libro dediqué unos años a investigar el acontecimiento histórico precedente, es decir, el golpe de Estado del 18 de octubre de 1945, y escribí y publiqué un

libro sobre aquel acontecimiento. Pero desde el comienzo, el propósito de mis investigaciones no era solo conocer cómo puede construirse la democracia sino también cuáles son los hechos, circunstancias y debilidades que pueden llevarnos a su destrucción. La relación entre ambos procesos nos permite sacar lecciones de cómo se hacen las democracias y cuáles los peligros, amenazas y dificultades que las acechan y hasta las destruyen. En cuanto a la cantidad y diversidad de fuentes consultadas debo decir que sobre el 24 de noviembre se han planteado las más diversas y polémicas explicaciones e interpretaciones a lo largo de setenta años. Con la idea de ser lo más objetivo posible creí necesario que debía tomar en cuenta las más diversas opiniones, aun aquellas con las que nunca he estado de acuerdo. ☉

DEMOCRACIA >> PANORAMA DE DOS SIGLOS

“La democracia es un proyecto muy reciente en su versión moderna”

El abogado, historiador y profesor universitario Rafael Arráiz Lucca ha publicado *La democracia en Venezuela: un proyecto inconcluso* (Editorial Alfa, 2021), recorrido desde los tiempos de La Colonia hasta nuestros días



RAFAEL ARRÁIZ LUCCA / ARCHIVO EL NACIONAL

ISAAC GONZÁLEZ MENDOZA

Una de las conclusiones que deja *La democracia en Venezuela: un proyecto inconcluso* es que los venezolanos tenemos un fuerte apego por la democracia que ha sido obstaculizado, muchas veces, por el caudillismo.

No olvidemos que el estamento social que inicia la independencia es el de los blancos criollos inspirados por la creación de los Estados Unidos y la Revolución Francesa, que quieren pasar la página de la monarquía, aprovechando el vacío de poder que se ha creado en España a partir de los Sucesos de Bayona de 1808. Ese estamento apenas conocía las prácticas democráticas que tenían lugar en el cabildo, pero muchos habían hecho las lecturas necesarias: Locke, Montesquieu, Rousseau y querían crear una república y elegir a sus autoridades, después del interregno de la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII.

No obstante, en Venezuela la consolidación de la república no fue obra de los civiles que la fundaron el 5 de julio de 1811 sino de los militares que libraron las batallas, quienes se sintieron acreedores del poder *ad aeternitatem*. Un grupo de ellos, Mariño y Monagas a la cabeza, le dan un golpe de Estado al

doctor Vargas, electo democráticamente, y el argumento cuál era: “El poder es nuestro, no de los civiles”. A partir de aquí la creación de un Estado moderno en Venezuela fue remar contra la voluntad de los caudillos militares, que querían gobernar sin contrapeso. Hubo ilustres excepciones: Páez y Soublette, que demostraron ser militares republicanos.

Esos primeros rasgos democráticos los explica en la introducción, cuando señala que en los cabildos ocurrían prácticas mínimas democráticas. ¿Existen otras evidencias que demuestren una posible disposición del venezolano hacia la democracia?

La búsqueda de la libertad es un impulso que forma parte de la naturaleza humana. Las libertades individuales, políticas y económicas forman parte de los anhelos del hombre. Ser propietario. Contratar libremente. Decidir. ¿Quién no quiere esto? La democracia es el sistema de gobierno que más se acerca a este desiderátum.

Además, en el período colonial, durante 300 años, el estamento de los pardos creció mucho y, junto con los esclavos y los indígenas formaban una mayoría holgada. A los blancos criollos les costaba demostrar la limpieza de sangre porque el mestizaje venezolano fue muy intenso, ya que la mayoría de los españoles vinieron so-

los, sin esposas, y se avinieron de inmediato con las indígenas y luego con las africanas. De tal modo que nuestra combinatoria social era híbrida; lo que alguna vez se llamó “igualeas” o, también, “en Venezuela el que no toca tambor, lanza flechas”. En otras palabras, los estamentos sociales no estuvieron demarcados drásticamente, como en otras provincias españolas en América y, sin embargo, en esas provincias también se asumió la república como proyecto. Eran los signos de los tiempos. A la gente se le olvida que la democracia es un proyecto muy reciente en su versión moderna: poco más de 200 años.

Es difícil no pensar que la preferencia de Bolívar por el centralismo en lugar del federalismo haya influido fuertemente en gobiernos posteriores, a tal punto que hoy día tenemos un régimen extremadamente controlador.

Es evidente que el hecho de que Bolívar fuese un centralista convencido contribuyó a que este sesgo echara raíces. Sin embargo, la fuerza de las regiones era tal que en 1864 se consagró una Constitución Federal profunda que, lamentablemente, comenzó a ser letra muerta a partir de 1870 y la llegada de un autócrata al poder: Guzmán Blanco, quien volvió a centralizar todo el poder en sus manos paulatinamente. Pero esta batalla no se ha perdido,

en 1989 volvió el federalismo con otro nombre: la descentralización, y hoy en día la democracia venezolana toma su oxígeno de los liderazgos locales, de las alcaldías y gobernaciones. El destino democrático del país está ligado a este proyecto: el poder local, las bases, el municipio.

Incluso más adelante, en 1947, no se logra aprobar que la elección de los presidentes de los Estados sea por votación directa y secreta. Uno de los argumentos que menciona, el del diputado adeco Luis Lander, es el supuesto “riesgo de anarquizar la política del país entregando la elección en la forma que se pretende, haciéndola por votación directa”. Sus palabras no dejan de recordarme que Bolívar llegó a afirmar que el sistema federal había debilitado al gobierno. ¿Hay un miedo en la política venezolana hacia el federalismo?

Desde las esferas del poder centralizado, lo ha habido. Pero, insisto, las bases, los liderazgos locales terminarían imponiéndose como consecuencia de una dinámica natural: la gente quiere ser libre y tomar decisiones. La dinámica política venezolana se ha dado en medio de esta tensión entre el centro y las regiones, y se irán imponiendo estas. Hay hasta razones demográficas: Caracas es una de las capitales de América Latina más pequeñas en relación con la totalidad de la población. Poco más de 10% de la población. Buenos Aires es casi 50% de Argentina; Lima es cerca de 35% de Perú; Bogotá es casi 25% de Colombia.

Hay datos que recuerda en el libro que me parece importante resaltar: la abstención de las elecciones presidenciales del 6 de diciembre de 1998 fue de 36,54%, la del Referéndum Consultivo Nacional de abril de 1999 fue de 62,35% y la del referéndum para la aprobación de la nueva Constitución, en diciembre de 1999, fue de 55,63%. ¿Se desmorona el mito de que el proyecto de Chávez contó con un apoyo masivo desde el principio?

No fue así en sus comienzos, después sí, en las elecciones de 2006 llegó a su pico más alto. Con una abs-

tención de 25% sumó 62,84% de los votos. Después comenzó a bajar hasta el punto más bajo que ha tenido el chavismo que fue en las regionales de noviembre de 2021. Apoyo popular tuvo el chavismo, pero no tanto como sus propagandas señalan y muchísimo menos que el respaldo que tuvo la democracia en sus reinicios a partir del 23 de enero de 1958, cuando alcanzó un fervor popular prácticamente unánime.

Otro dato que señala: las elecciones de aquella Asamblea Nacional Constituyente se realizaron con el sistema nominal, lo que benefició ampliamente al gobierno.

Las de la Constituyente de 1999 sí; incluso se produjo un exabrupto. La oposición obtuvo 40% de los votos y sacó 7 diputados, el gobierno con 60% de los votos alcanzó a tener 174 diputados. Absurdo. Y ello debido a un sistema electoral que favorecía a las mayorías y disminuía la representación. Totalmente antidemocrático.

De los muchos políticos que menciona en el libro, ¿hay alguno, o algunos, que usted considere un buen ejemplo de líder demócrata?

Hay momentos importantes. Cuando Páez enfrenta a Monagas y Mariño y logra restituir en la Presidencia a Vargas, su conducta es ejemplar. Cuando la Asamblea de Valencia consagra el voto directo en 1858 y se elige a Manuel Felipe Tovar, se da un paso importante. Cuando Betancourt encabeza una rebelión democrática en 1945 y se aprueba la Constitución de 1947 y se elige a Gallegos, se alcanza por primera vez el voto universal, directo y secreto y una epifanía de las fuerzas democráticas. Cuando Pérez impulsa las leyes de descentralización en 1989 y se eligen alcaldes y gobernadores en forma directa, se está dando un paso importantísimo. Sumaría a estos hechos la conducta democrática de Larrzábal, Sanabria, Betancourt, Leoni, Caldera, Pérez, Herrera Campíns, Lusinchi, Velásquez, a ninguno de ellos le pasó por la cabeza modificar la Constitución para reelegirse ni ampliar el período presidencial. Eran demócratas, sin la menor duda. Y estaban jugando sin gallos tapados. ☉

Democracia

“Pero vemos también que con este espectacular aumento de la racionalización, de la técnica, de la industria, del comercio, de la informática y de la globalización, ya no somos nosotros quienes controlamos los mecanismos del sistema, sino que es la gran máquina del sistema globalizado la que domina y nos controla a nosotros convirtiéndonos en algo insignificante, en simples instrumentos a su servicio”

DIEGO SÁNCHEZ MECA

La lucha moderna por la libertad, desde el Renacimiento, es la lucha contra las viejas formas de autoridad y de coacción que representaban, primero la Iglesia y la aristocracia feudal y, más tarde, durante los siglos XVII y XVIII, las monarquías absolutas del Antiguo régimen. Los individuos y los movimientos que luchaban contra estas estructuras de autoridad pensaban que cuanto más se debilitasen y se neutralizasen estas instituciones de poder tradicionales más se ganaría en libertad. Y no se advertía que esa lucha pudiese tener otros efectos que no

fuesen positivos. Lo cierto, sin embargo, es que la combatividad crítica y las revoluciones políticas burguesas han contribuido enormemente, sin duda, a libramos de los antiguos enemigos de la libertad, pero ha sido esta misma lucha la que ha hecho aparecer otros factores que ya no son impedimentos o restricciones externas al individuo, sino elementos internos a su propia subjetividad que amenazan ahora con hacer inútiles los logros ya conseguidos en el ámbito de las libertades externas. Se podría, tal vez, entender mejor esta idea con un par de ejemplos.

Hoy estamos orgullosos y agradeci-



DIEGO SÁNCHEZ MECA / ANTONIO F. RODRÍGUEZ

dos con razón de que nuestros antepasados ilustrados conquistasen para nosotros, como uno de nuestros derechos fundamentales cada vez más extendido y reconocido, la libertad de pensamiento y la libertad de expresión. Pero no es difícil comprobar hoy a cada paso que lo que muchos individuos piensan y expresan no es más que lo que otros muchos individuos piensan y expresan, o lo que la propaganda o la ideología dominante o la televisión le ordenan que piense y exprese. De modo que siglos de lucha, sangrientas revoluciones y duros sacrificios realizados para conseguir las condiciones externas para que cualquiera pueda expresar lo que piensa sin ver obstaculizado su derecho por coacciones externas, tropie-

zan con factores subjetivos, internos, que impiden que la mayoría de los individuos tengan la capacidad de pensar por sí mismos, capacidad que es lo único que puede dar sentido a la lucha social e histórica por la libertad de pensamiento y de expresión.

Segundo ejemplo: La racionalización moderna del sistema de producción y de consumo ha conducido a un desarrollo del sistema económico capitalista que nos proporciona abundancia de bienes materiales y el bienestar social del que hoy, aunque de manera desigual, disfrutamos. Pero vemos también que con este espectacular aumento de la racionalización, de la técnica, de la industria, del comercio, de la informática y de la globalización, ya no somos nosotros quienes controlamos los mecanismos del sistema, sino que es la gran máquina del sistema globalizado la que domina y nos controla a nosotros convirtiéndonos en algo insignificante, en simples instrumentos a su servicio. De modo que podríamos sentirnos incluso tan impotentes y anonadados ante el macrofuncionamiento, cada vez más impredecible de la máquina mundial, como impotentes y atemorizados se pudieran sentir los hombres medievales ante su Dios teócrata implacable. En este sistema productivo consumista y globalizado no solo se nos reduce al puro hecho de comprar y vender mercancía, sino que se nos compra y se nos vende a nosotros mismos. Incluso cuando cultivamos valores o cualidades humanas suelen ser las que luego se venden en función de lo que más se

cotice en el mercado de las relaciones humanas o del éxito económico y social. Cuando se nos bombardea con la propaganda comercial o política en la televisión y en los demás medios de comunicación no es que se nos ponga abiertamente por delante nuestra insignificancia e indignidad como individuos. Al contrario, siempre se nos adula y se tratará de seducirnos, pero ningún anuncio ni ninguna propaganda se dirige a nosotros como seres racionales. Ninguna propaganda trata de convencernos racionalmente de algo sino que lo que trata es de rendirnos y manipularnos utilizando los medios más variados de la sugestión. Así se nos repite machaconamente los mismos eslóganes; se nos ponen en primer plano cuerpos deslumbrantes y explosivos que obnubilan nuestra atención y debilitan nuestra capacidad crítica ante el producto o la idea que se nos presenta; se nos suscita el pánico por todo lo que podría suceder si nos resistimos a hacer caso de lo que se nos requiere, etc. Métodos todos irracionales que nada tienen que ver con la calidad en sí del producto o del programa político que se oferta, sino que están dirigidos a embotar y a suprimir la capacidad crítica, o sea a hacer de nosotros seres obedientes, sumisos, dependientes, pequeños y manejables. ☉

*Fragmento de la entrada “Democracia”, que forma parte de *Diccionario de la Existencia. Asuntos relevantes de la vida humana*. Directores Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros. Editorial Anthropos, España, 2006.

PUBLICACIÓN >> CONOCIMIENTO DEL TERRITORIO

Entre geografía e historia: las dendritas de Venezuela

Geógrafa, profesora jubilada de la Universidad Central de Venezuela y consultora especializada en desarrollo local y regional, Rosa Estaba ha publicado el exhaustivo y documentado volumen *La construcción de un territorio. Venezuela 1500-2003* (Academia Venezolana de la Ingeniería y el Hábitat, Caracas, 2021)

ARTURO ALMANDOZ MARTE

1. No obstante sus orígenes antiguos, que remontan a Estrabón y Ptolomeo, la geografía fue instaurada como disciplina profesional durante el siglo XVIII. Además del naturalismo iluminista compendiado en las obras de Immanuel Kant y Alexander von Humboldt, las necesidades seculares para delimitar fronteras entre los belicosos estados nacionales, sobre todo en la Europa posterior a Napoleón, apuraron el cientificismo en la antigua disciplina. Junto a su institucionalización en las universidades, contribuyeron asimismo los afanes expansivos de las potencias europeas, los cuales se ocultaron a veces entre sociedades geográficas o naturalistas. Todo ello conforma un revelador proceso histórico y epistemológico, no exento de sombras colonialistas, recogido con erudición por Horacio Capel en *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea. Una introducción a la Geografía* (1981).

A pesar de su conatural vinculación con el espacio y el territorio, evidente al menos desde la obra fundacional de Carl Ritter, entre los siglos XVIII y XIX, la geografía moderna y académica propendió desde entonces al historicismo. Al punto de que con frecuencia terminó teniendo un valor introductorio a los tratados de historia, antes de que Marc Bloch y Lucien Febvre, miembros de la primera generación de la Escuela de los Annales, reivindicaran el medio geográfico, siguiendo las lecciones de Paul Vidal de La Blache. Posteriormente Fernand Braudel, adalid de la segunda generación de la escuela, aun siendo él historiador, le otorgó a ese medio natural un valor “estructural”, asiento de “una historia lenta en fluir, en transformarse, hecha a menudo de retornos insistentes, de ciclos comenzados sin cesar”. Así, por debajo de las coyunturas y los episodios, el lecho ambiental devino el “primer estrato” de la “historia total” y de *longue durée* preconizada por Braudel, lo cual reivindicó en parte el rol histórico de la geografía al mediar el siglo XX.

Con todo y ello, explorando allende la relación entre historia y geografía, el profesor californiano Edward Soja crítico, al cerrar la década de 1980, la “inmersión” o postergación del análisis sociológico concerniente al espacio, heredada del historicismo predominante entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. El autor de *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory* (1989) se refirió principalmente a la “subordinación” del análisis espacial observable al considerar el corpus de la historia y la crítica social, por un lado, así como el de la geografía, por el otro. Y haciéndose eco de Michel Foucault, Soja denunció con brillantez la persistencia, en las ciencias sociales, de una narrativa dominada por el tiempo, mientras el espacio permanecía como algo “muerto, fijo”.



TEPUY KURUN, TEPUY KUSARI Y TEPUY KURAVAINA / BERRUCOMMONS

Es esa una denuncia geográfica que, desde el terreno mismo de la historia, ha reconocido Karl Schlögel en su hermoso libro, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica* (2007). Su título está tomado de la fundamentación espacial provista por otro pionero de la geografía humana alemana, Friedrich Ratzel, a quien trata Schlögel de deslastrar, a través de un nuevo *spatial turn*, de la manipulación sufrida por su obra durante el Tercer Reich, cuando la idea de *Lebensraum* fue manipulada por los nazis para germanizar Europa.

2. Parte de esa tensión epistemológica entre geografía e historia asoma, sin reconocimiento explícito, pero de manera recurrente, en la obra de Rosa Estaba, *La construcción de un territorio. Venezuela: 1500-2003* (Caracas: Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat de Venezuela, 2021). No es casual en este sentido que Américo Martín mencione en el prólogo al mismo Ratzel, aunque sea de pasada. Pero también la autora se refiere desde el comienzo a “una geografía atada a la historia”, como en reconocimiento de esa subordinación epistemológica que, en esta obra, busca una relación más equitativa.

Más que un planteamiento epistemológico que no aparece como tal, la atadura –voluntaria en este caso– de la geografía a la historia parece resultar de un desiderátum político afincado en el presente. “Es la Geografía en la que he creído y con mayor firmeza ahora, cuando más que nunca necesitamos apoyarnos en la memoria histórica que queda escrita en el inconsciente colectivo y en el territorio, para convertirla en un arma certera que enfrente la sistemática destrucción de nuestro patrimonio geográfico, plataforma del sentir y pensar de un pueblo, y parte evidente de su forma de ser”, Estaba dixit. Es un deseo y reclamo más que legítimo de la geógrafa y profesora de la Universidad Central de Venezuela, quien pudo afortunadamente proyectar su formación académica en tres de las mayores instituciones de anclaje territorial que tuvo el país en el siglo XX; a saber: la Oficina de Coordinación y Planificación (Cordiplan), el Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales Renovables (Marnr) y la Comisión para la Reforma del Estado (Copre).

3. Además de ejemplificar la relación

dialéctica entre geografía e historia, otro rasgo que me parece notable en la ambiciosa suma de Estaba es la exuberancia dendrítica que recorre desde el paisaje natural hasta el productivo, pasando por el urbano y cultural. La misma autora se refiere a las “redes ‘dendríticas nodalizadas’ del País archipiélago semisalvaje o semihumanizado de 1856”; a partir de entonces, el mapeo capilar de provincias y estados, comarcas y regiones, se extiende a todo el territorio nacional. Por ello afirma con justeza Martín en el prólogo: “La obra de Estaba no se refugia en generalidades ingeniosas. Su aporte principal está en el detalle, el detalle significativo y probatorio. No le basta con demostrar la fuerza de soporte de la descentralización de Venezuela, sino que describe la cuestión en el decurso de formación de cada provincia, una a una, incluyendo municipios y parroquias, todo relatado con exquisitas probidad y sabiduría”.

Al inventariar las dendritas de Venezuela, por así decir, la obra de Estaba cataloga la toponimia, las fisonomías regionales y la descentralización nacional, desde una perspectiva afincada principalmente a mediados del siglo XIX. “El ya configurado Mapa de la Geografía Política de Venezuela de 1856 registra veinte de las veintitrés entidades federales, huellas o marcas socio-territoriales prevalecientes hasta el siglo XXI (...) Las provincias de 1856 son fácilmente reconocibles porque coinciden en su mayoría con las entidades federales que componen la Venezuela de 2001”. Es una sentencia de la autora que refrenda desde el presente, como en la lectura de un palimpsesto, el soporte histórico de una descentralización que la democracia venezolana había alcanzado al iniciar el siglo XXI, antes de ser socavada de nuevo por el centralismo. Como seguramente Estaba recuerda de su propio pasaje por la Copre, esa descentralización fue una empresa costosa, demorada secularmente y entorpecida políticamente, pero lograda después de todo, respetando en mucho las nervaduras geográficas, sociales y comarcales recorridas ahora en este libro.

4. La vastedad de la *La construcción de un territorio. Venezuela: 1500-2003* se refleja en el espectro de sus nueve capítulos. El primero, dedicado al medio natural y denominado “Territorio

“

la autora se refiere desde el comienzo a 'una geografía atada a la historia'

‘salvaje’: tierra de gracia de los venezolanos”, parte de la premisa, según la propia autora, “de que no es mucho lo que se sabe sobre la importancia de todo lo atesorado en nuestros paisajes, recursos y regiones naturales”. El segundo capítulo, centrado en la construcción de estados y municipios, trasciende la constitución de jurisdicciones político-administrativas para incluir, en palabras de Estaba, “las patrias chicas que nos hermanan mediante lazos, tan imperceptibles como indestructibles, y que se traducen en un imponderable capital”. El tercer capítulo, dedicado al marco socio-político donde se inscribe cada una de las sucesivas etapas del desarrollo nacional, se intitula “Del centralismo democrático de partidos a la democracia territorialmente descentralizada y participativa”. Como correlato del anterior, el cuarto capítulo se centra en el papel de las redes urbanas en la construcción del territorio; considera tanto las metrópolis como los ejes urbanos surgidos, desde la llegada del petróleo en la década de 1920, hasta 1983, cuando ese modelo rentista del oro negro dio señales de agotamiento. Ese gran bastidor del sistema de ciudades es completado, en el capítulo quinto, con un paseo “por los paisajes de la red urbana de la Venezuela de 1981”; es un señalado momento en el que el pujante país que había completado su transición demográfica a la urbanización fue ensombrecido por el temporal económico y político, que al igual que en otras partes de América Latina, trajo la así llamada “década perdida” de 1980.

Los últimos capítulos registran los

quebres y desafíos multiformes atravesados por Venezuela durante las dos décadas finiseculares. El sexto versa, según la propia autora, “sobre los resultados alcanzados entre 1983 y 2003, a pesar de los tropiezos congénitos a la crisis que durante los años ochenta y noventa castigó al todopoderoso Estado petrolero venezolano”. Mientras que el capítulo VII, “Globalización, resiliencia y emprendimiento ante la adversidad”, reconoce y valora los ajustes en el modelo de desarrollo, surgidos como respuestas por parte de la sociedad civil ante la crisis. Se mira de nuevo al sistema de ciudades metropolitanas e intermedias en el capítulo VIII, enfocándolas desde la doble perspectiva de la globalización y la descentralización, las cuales se nos han tornado elusivas por igual. Y el capítulo de cierre, aunque apunte al nuevo siglo XXI, se torna aún más sombrío y desesperanzado: apoyándose en titulares de prensa y testimonios diversos, la autora contrasta “el desventurado acontecer de la Revolución Bolivariana de Venezuela con las realizaciones que pudimos conseguir hasta el 2003, momento que señala el definitivo término del período de los enriquecedores años de la joven e inexperta democracia venezolana y, por tanto, de esta investigación”.

En medio de esa vastedad, son comprensibles ciertas desatenciones en la narrativa que me permito señalar. Dado el título y la envergadura de la obra, convendría –pensando en una segunda edición, libro complementario o continuación de la línea de investigación– reforzar la atención a la era colonial en términos de fuentes primarias, especialmente durante el período de las reformas borbónicas, en el último tercio del siglo XVIII. En el albor republicano, se echa en falta una mayor presencia de la obra de Agustín Codazzi, que dio forma, como sabemos, al territorio ignoto que Estaba se encarga ahora de articularnos a través de sus dendritas. Son estos aspectos que convendría reforzar para ampliar la proyección de la enjundiosa obra de Estaba, insertándola en la genealogía geográfica venezolana, que, en la era republicana, va de Felipe Tejera a Pedro Cunill, pasando por Manuel Landaeta Rosales. Se reforzaría así al mismo tiempo la “atadura” de la geografía con la historia, según la relevante búsqueda epistemológica presupuesta en esta obra dendrítica. ●

PUBLICACIÓN >> CONOCIMIENTO DEL TERRITORIO

Prólogo a *La construcción de un territorio*

“La geografía no es el socio pasivo de la historia; suele ser, por el contrario, su condicionante y hasta su inductor. Acontecimientos de esta pudieron comenzar a partir de disposiciones de aquella”

AMÉRICO MARTÍN

La historia pesa más en los acontecimientos humanos que la geografía”, se me ocurrió decir hará unos cincuenta años, metido en mis arreos de presidente de la FCU. Quería subrayar algo que había alcanzado el nivel de la obviedad: los seres humanos son capaces de vencer todas las dificultades, incluso las resistencias geográficas. Pero a la larga y en medida importante, esa sentencia ha quedado sujeta a revisión; ha debido ser matizada, lo que hace sospechar de las afirmaciones demasiado tajantes, afincadas en el principio del todo o nada.

Con la idea fija del determinismo geográfico originado desde la antigüedad, pero con rango científico desde los postulados de Federico Ratzel, de la Escuela de Múnich, la inevitabilidad del vuelco hacia la capacidad transformadora de los grupos humanos pareció traducirse en un golpe de badajo que puso la cuestión en el otro extremo, quedando reducido el espacio geográfico a un rango puramente pasivo. El auge de la revolución científico-técnica e informático-comunicacional destinaba al hombre a dominar por completo el ambiente, reduciendo a muy poco el determinismo en la cultura. Sobre todo porque, según aceptan muchos, en las ciencias, incluida la geografía, legitimaban el racismo cultural.

Lógicamente entonces, la derrota de Hitler debía impulsar, con el anhelo de igualdad y libertad despertadas en la primera mitad de los años 1940, un absoluto: la creatividad del hombre estaba completa en sí misma, lo demás resultaba material inerte a su servicio. Pero como todo absoluto, este resultó parcialmente infundado.

Aparte de fructíferas y sabrosas conversaciones con la profesora Rosa María Estaba que me han inducido a valorar con más seriedad la significación de esta ciencia, he tenido la fortuna de recibir el regalo de dos obras recientes, dos autores indispensables, que he valorado altamente: los dos tomos de la *Historia de la Geografía*, de Pedro Cunill Grau y *La construcción de un territorio*, de Rosa María Estaba, quien me ha hecho el honor de pedirme el prólogo de su profundo y laborioso producto intelectual.

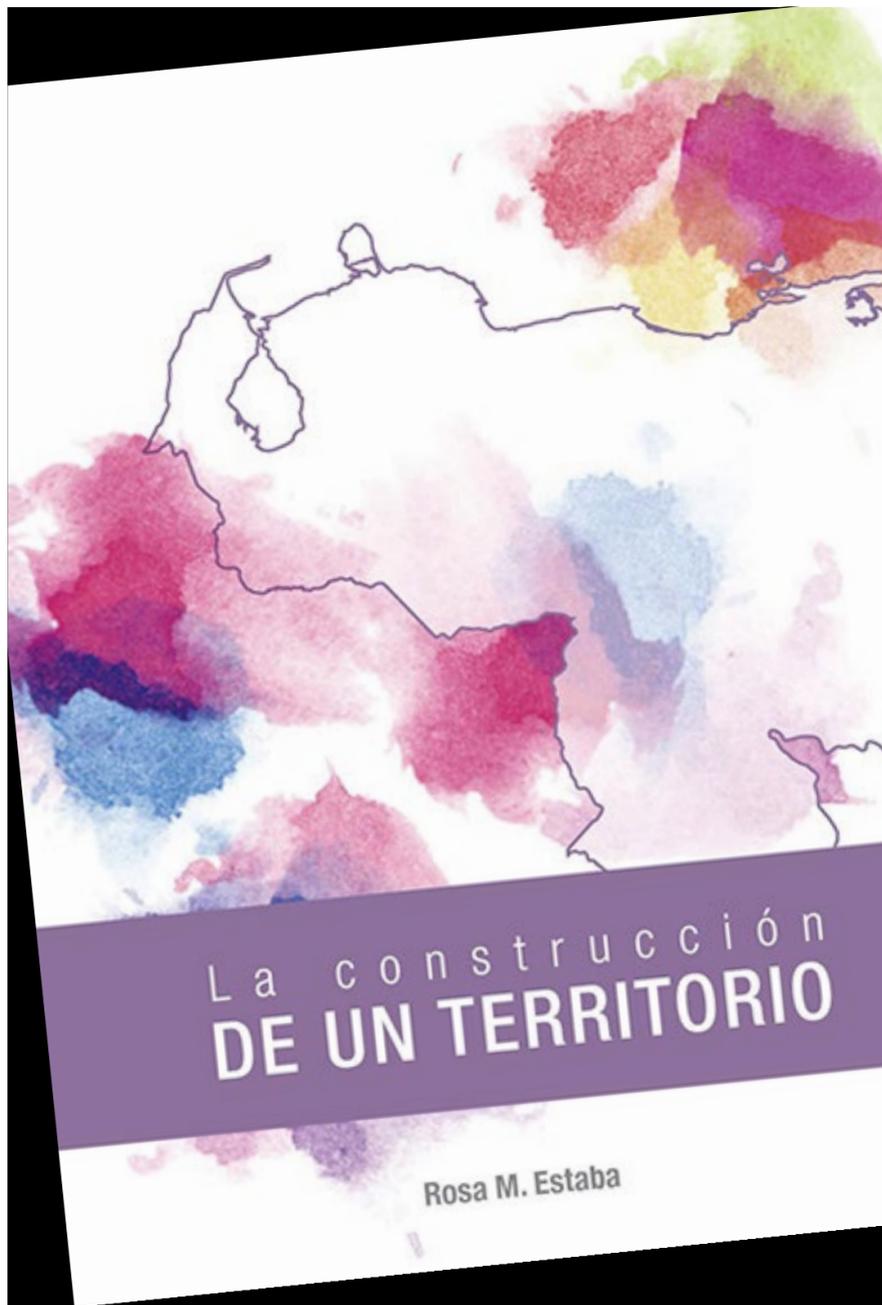
La geografía no es el socio pasivo de la historia; suele ser, por el contrario, su condicionante y hasta su inductor. Acontecimientos de esta pudieron comenzar a partir de disposiciones de aquella.

Geografía viva es la que despunta en las escuelas de la materia y en la obra de investigadores acuciosos y profundos que resaltan la interconexión activa, dinámica, entre los ámbitos geográficos, políticos e históricos.

Una condición para tener éxito en una empresa es saber amarla, y el amor de Rosa María por la geografía se respira a lo largo de su obra. El primer subtítulo de su primer capítulo denomina “obsequios” los que la naturaleza ha proporcionado a Venezuela, y para demostrar que son tales, comienza por describir sus amplísimos componentes, incluyendo sus 314 islas, cayos e islotes, el punto supremo definitorio de la soberanía venezolana en la isla de Aves y su extensísima línea de costa caribeña de 2.183 kilómetros de longitud, apenas superada por la de México.

“Viajar por Venezuela –escribe Rosa María–, mirador de América del Sur con vista al estratégico mar Caribe, es un elixir para la restauración y recreación humana, la ciencia, el arte y la filosofía. En breves recorridos y siempre bajo el dominio del tórrido colorido del sol radiante todo el año, podemos descubrir un tesoro tropical de gran belleza natural y asombrosos contrastes”.

Llamativo de esta obra es ese estilo impregnado de emociones, propio de los descubridores, que arribaron a un mundo virgen y deslumbrante, combinado con un rigor científico verdaderamente excepcional. Como buena geógrafa, ha



acopiado, ampliado y elaborado una profusión deslumbrante de mapas y gráficos que dan solidez a sus afirmaciones.

El conocimiento de los paisajes y recursos naturales de Venezuela ha sido posible por investigaciones promovidas por el Estado desde los años sesenta del siglo XX, como lo hace notar Estaba, relacionando el hecho –y no por casualidad– con el nacimiento de la democracia el 23 de enero de 1958, y muy especialmente con la creación del Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables (MARNR) en 1977. Fue ese un momento culminante en el conocimiento del propio territorio, como base para el impulso de su desarrollo infraestructural, económico y político que, según la autora, ha sido un testimonio notable de la superioridad de la democracia como forma de Estado por sobre los regímenes autocráticos.

A partir del segundo capítulo, Rosa María, sumergida en la geografía política, conecta, con ingenio y hondura, el desarrollo del tema con el nacimiento y crecimiento de la democracia. Lo hace en los términos más apropiados. Le sigue la ruta a la construcción de los estados y los municipios, proceso de consolidación de la participación de los venezolanos en las vecindades de la gestión pública, en el marco del progreso y la modernización económica desde tiempos de la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Con el crecimiento económico se asoció el de la población y la urbanización.

“La urbanización entrañó adelantos propios de los países que salen del subdesarrollo. La universidad, por ejemplo, un hecho eminentemente urbano, en 1950 matriculó apenas 6.900 estudiantes. En 2001, (la cifra) se multiplicó por 112 veces para situarse en 770.000”.

Pero desde el punto de vista de la organización del Estado, el proceso se benefició de los estados y municipios autónomos, los cuales, como dice la autora:

“Son entidades territoriales con entidad propia y que se diferencian entre sí por sus nombres o topónimos y por arraigados vínculos afectivos que tejen sus habitantes con sus bases lugareñas”.

Semejante conclusión me parece a mí clave para captar el mensaje que transmite Rosa Ma-

compuesta por pequeños grupos semisedentarios y que además ofrecieron resistencia”.

Esa estructuración de comunidades y provincias (después estados) tan bronca, tan tensa y a ratos sangrienta, se afirmó con vocación de permanencia. Las provincias creadas durante la Colonia y consolidadas con la emancipación, según resalta la autora, no solo eran autónomas sino que disponían de puertos para el intercambio comercial. Eran pobres, aisladas y vagamente delimitadas por hitos físico-naturales. De allí que, como me permito afirmar al principio, la geografía haya sido determinante para la estructuración político-administrativa: “Las condicionantes de la geografía física impusieron una realidad político-administrativa descentralizada”, concluye Rosa María. Contrastemos esos orígenes con el debate actual sobre centralismo y descentralización. Aquel va contra la historia, desconoce las raíces del país y el esfuerzo denodado de los primeros habitantes para darse y acostumbrarse a la “descentralización”, todo con el fin de vivir mejor dentro de límites de precariedad. Lo genuinamente venezolano es la organización descentralizada; lo artificioso y antinacional es ahogar la autonomía con la sobrecarga centralista. Por eso revela una arrogancia extrema pretender cambiarla en su misma raíz por obra de la vanidad o de superficiales planificaciones nacidas de la ignorancia. El Libertador, como se sabe, actuó en varios momentos fundamentales bajo impulsos centralistas. Lo hizo por lo que creyó conveniencia pragmática. Pero sus convicciones de fondo se nutrían de federalismo. En la famosa *Carta de Jamaica* reconoce que la federación es el mejor de los sistemas, solo que, por las excepcionales realidades de la guerra resultó momentáneamente artificial, ineficaz para contener la ofensiva militar de los peninsulares. Posiblemente bajo esas circunstancias haya tenido razón, pero la receta pragmática, en otro momento notable de su desempeño, resultó más ilusa, mucho más, que la organización federal-descentralizada. Lo resalta Rosa María con enorme perspicacia. Vale la pena citarla in extenso:

“En 1819 en Angostura se había creado por ley la Gran Colombia, ordenada constitucionalmente dos años más tarde en la Constitución de Cúcuta (...) (El Libertador) quiso unir los departamentos de Cundinamarca, Quito y Venezuela aunque bajo una concepción unitario-centralista y no federalista. La imposición de un gentilicio colombiano, agravado por el desplazamiento de la capitalidad a la ciudad de Bogotá, movilizó la percepción de pérdida de una nación (...) No tenía fundamento histórico ‘porque nos hemos quedado tan venezolanos, granadinos y quiteños como lo éramos antes y con más enconos’.

Más aún, la idea de la Gran Colombia despertó sentimientos regionalistas tales como las rivalidades de Trujillo y Mérida con Maracaibo, a raíz de la impuesta creación del departamento del Zulia en el Congreso de la Gran Colombia en 1824 (...) El del Zulia integrado por las provincias de Coro, Trujillo, Mérida y Maracaibo no respetó la división político-territorial consagrada en la Constitución de 1811 y sancionó la ocupación ‘de facto’ de todo el sur del Lago por Maracaibo (...) lejos de lograr la deseada integración, la falta de identidad respecto a la nueva nacionalidad nacida de la integración formal [y artificial de la Gran Colombia. Nota mía] acentuaría los antagonismos entre venezolanos y cundinamarqueses”.

Dándose cuenta del error que había cometido, Bolívar trató de encontrar un punto equidistante para situar la capital, tal vez en Maracaibo, pero ese intento resultaría tan artificial como todo el proyecto y por eso no culminó bien. Ni con todo el peso de su merecido prestigio, pudo Bolívar someter la realidad plural a un esquema centralista. Quizá si la nueva República hubiera reconocido la fuerza de las provincias autónomas y hubiese postulado un esquema federal-descentralizado, habría resultado mejor. Por eso, acusar al general Páez de ambicioso y traidor por comprender que aquel proyecto era impráctico es una muestra de injusticia extrema y una reiteración de la óptica centralista a todo riesgo y contra toda realidad. Que los venezolanos más ilustrados lo respaldaran, tanto como los colombianos al exiliado Santander, equivalente eso al malhumor de los ecuatorianos contra el presidente –de origen venezolano– Juan José Flores, del Ecuador, solo demuestra que la escisión de aquel gran propósito tenía un amplio fundamento y un sólido respaldo.

(continúa en la página 7)

DEBATE >> LA CONTROVERSIA CONTINÚA VIVA

El Reclamo Esequibo

MANUEL ALBERTO DONÍS RÍOS

Hace 55 años, el 17 de febrero de 1966, se firmó en Ginebra el *Acuerdo para resolver la controversia entre Venezuela y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte sobre la frontera entre Venezuela y la Guayana Británica*.

En su artículo primero, el Acuerdo estableció que se creaba una comisión mixta, con el objetivo de “buscar soluciones satisfactorias para el arreglo práctico de la controversia entre Venezuela y el Reino Unido surgida como consecuencia de la contención venezolana de que el Laudo Arbitral de 1899 sobre la frontera entre Venezuela y Guayana Británica es nulo e irritado”.

Para Venezuela, el Acuerdo de Ginebra significó la aceptación por Gran Bretaña de nuestra reclamación del Territorio Esequibo, 159.500 km² que nos fueron arrebatados por el Laudo Arbitral dictado en París el 3 de octubre de 1899. Un triunfo de la diplomacia venezolana, sin duda, al lograr reabrir un caso que había sido cancelado por los británicos.

El Acuerdo de Ginebra fue un reconocimiento a los esfuerzos de Venezuela por rescatar, apenas conocida la forma irregular de cómo se había producido la sentencia arbitral, el territorio situado al occidente del río Esequibo, que históricamente le pertenecía por legítimos títulos que datan de la capitulación de Gonzalo Jiménez de Quesada de 1569, génesis de la Provincia de Guayana, entidad que formó parte de la Capitanía General de Venezuela de 1777 y de la República de Venezuela a partir de 1811.

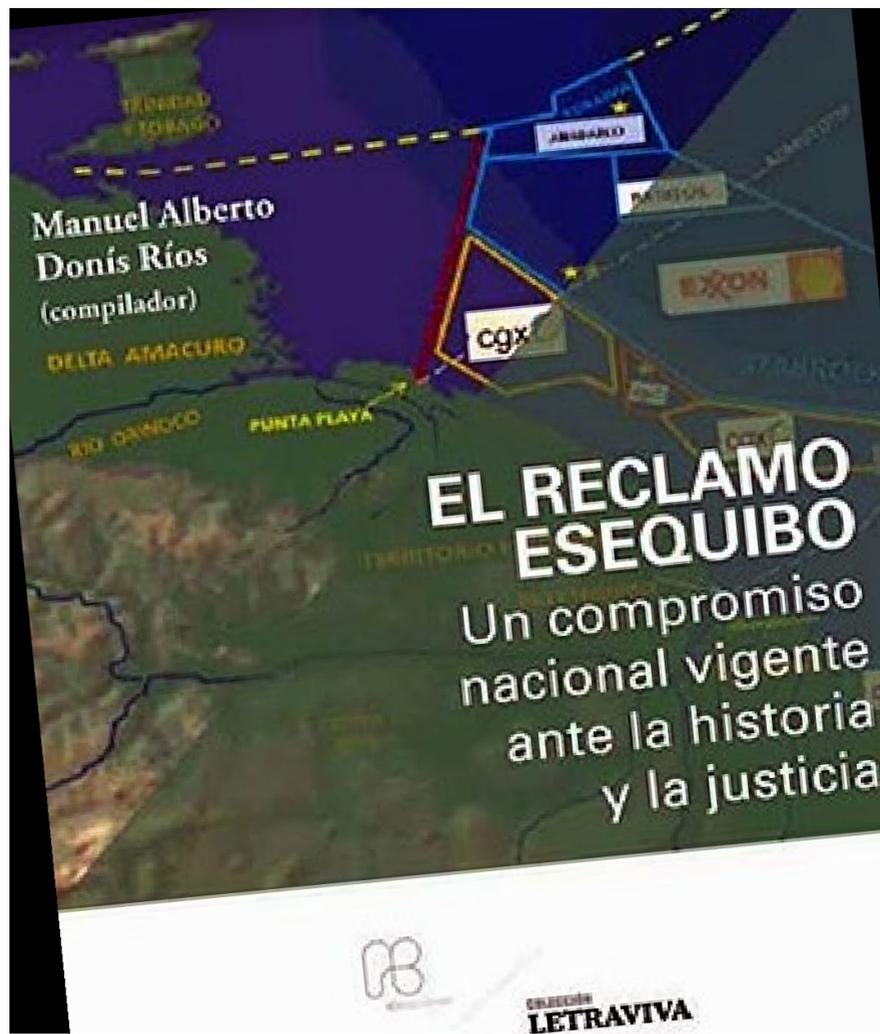
Y no se piense, como alega la República Cooperativa de Guyana, que Venezuela entre 1899-1962 nunca expresó de forma consistente y repetidamente su aceptación incondicional al Laudo de 1899. La documentación existente demuestra lo contrario.

Apenas el gobierno venezolano tuvo conocimiento de algunas de las irregularidades cometidas en el Tribunal de Arbitraje y durante el Laudo, decidió desconocerlo. Así lo declaró a la prensa el presidente Ignacio Andrade (1898-1899). Venezuela tenía el derecho de hacerlo, pero de ser así se enfrentaría sola, sin el apoyo de EE.UU., a la Gran Bretaña, la primera potencia mundial del momento. Pero además, estaba convencida de que se había producido no solo un entendimiento entre Estados Unidos e Inglaterra en la decisión arbitral, sino entre ambas naciones para tomar acciones en Cuba, Filipinas y Sudáfrica.

La iniquidad del Laudo de 1899 no “durmió el sueño de los justos”. Se mantuvo en la prensa nacional y en las aulas de clase. Los gobiernos venezolanos decidieron velar por el mantenimiento estricto de la frontera con la Guayana Británica y, al mismo tiempo, no favorecer aún más las aspiraciones británicas que en diversas oportunidades intentaron modificar a su conveniencia la línea del Laudo. Para poner solo un ejemplo: en 1930, el gobierno nacional actuó con firmeza cuando conoció la presencia de extranjeros provenientes de la Guayana Británica en la región de la Gran Sabana, los cuales llegaron a establecerse en Akurimá, Kamuarán y Luepá. El Ejecutivo reclamó la intromisión y giró instrucciones para que salieran del territorio, lo cual se ejecutó.

La revisión del Laudo de 1899 comenzó a exigirse en diversos escenarios internacionales a partir de la presidencia de Isaías Medina Angarita en 1944. Al año siguiente, se promulgó

El Reclamo Esequibo. Un compromiso nacional vigente ante la historia y la justicia, compilado por Manuel Alberto Donís Ríos, incluye ensayos de Claudio Alberto Briceño Monzón, José Alberto Olivares, Pablo Cohén Celis y del propio Manuel Alberto Donís Ríos. El texto que sigue es la presentación de dicho volumen, publicado por ABediciones, UCAB (2021)



la Carta de las Naciones Unidas y, con este espíritu de equidad internacional, se abrió un abanico de posibilidades para Venezuela. Al conocerse en 1949 el Memorandum de Severo Mallet-Prevost, que reveló las intimidades del Laudo, el gobierno venezolano decidió iniciar la búsqueda de los documentos probatorios de esta farsa. Para 1962 Venezuela estaba en posesión de una copiosa documentación que substanciaría la nulidad de la sentencia arbitral –y arbitraria– de 1899.

La reclamación del Territorio Esequibo se formalizó en 1962 bajo la presidencia de Rómulo Betancourt. A consecuencia de las conversaciones sostenidas con representantes de los gobiernos de Venezuela y Gran Bretaña, se procedió a la revisión por los expertos de ambas naciones a la documentación relativa al Laudo. Luego de numerosas reuniones sostenidas entre 1964 y 1965, las partes –Venezuela, Gran Bretaña y Guayana Británica (República Cooperativa de Guyana a partir de 1966)– decidieron firmar el Acuerdo de Ginebra.

Desde 1966 y hasta la fecha no ha sido posible llegar a un entendimiento entre las partes. Desde el primer momento Guyana ha sostenido que el objetivo del Acuerdo no es otro que el de establecer la contención venezolana de que el Laudo es nulo e irritado, mientras que Venezuela insiste en que su objetivo es llegar a un arreglo práctico de la controversia, satisfactorio y aceptable para las partes. Dos posiciones antagónicas.

A partir de 2014 Guyana dirigió sus esfuerzos diplomáticos para dirimir el reclamo venezolano ante la Corte Internacional de Justicia, dejando de lado el Acuerdo de Ginebra. Fue más allá en su rechazo al Acuerdo al autorizar a compañías petroleras para que iniciaran actividades de exploración petrolera en las costas de la Zona en Reclamación.

La inalterable política de Guyana con respecto a la reclamación venezolana se radicalizó a partir de 2015 al hallarse petróleo en cantidades significativas que pudieran convertirlo en un país rico. Por primera vez en 55 años la Gu-

yana no le interesa mantener la figura de los buenos oficios y ha decidido acudir a la Corte Internacional de Justicia para resolver de una vez la controversia territorial que sostiene con Venezuela desde 1966.

Tres hechos recientes destacan en esta historia de 55 años: 1) la decisión del secretario general de la ONU, António Guterres, de fecha 30 de enero de 2018, 2) la Solicitud de procedimientos institucionales en el Tribunal Internacional de Justicia, República Cooperativa de Guyana vs. República Bolivariana de Venezuela de 29 de marzo de 2018, 3) el fallo de la Corte Internacional de Justicia de 18 de diciembre de 2020, en el que declara que tiene competencia ante la demanda introducida por Guyana ante Venezuela.

Este es el reto al que debe responder y resolver de forma satisfactoria para los intereses nacionales la actual diplomacia venezolana. Esta debe hacer su mejor y mayor esfuerzo en la búsqueda de soluciones satisfactorias para las partes, a pesar de las dificultades actuales y aquellas que pudieran presentarse, teniendo presente que la reclamación del Territorio Esequibo se ha convertido en un asunto más complejo debido a la existencia de un número significativo de compañías petroleras a las que Guyana otorgó concesiones que afectaron los derechos legales y soberanos de Venezuela en su salida libre al océano Atlántico.

La situación actual de la fachada atlántica venezolana se encuentra amenazada no solo por la complejidad del espacio geoestratégico de la que forma parte, sino por representar una zona en la que los Estados vecinos reclaman sus derechos y en los que se han encontrado cuantiosas reservas de hidrocarburos.

Se hace imperativo conocer a profundidad, con la rigurosa evidencia documental, los acontecimientos geopolíticos a nivel mundial y del Estado venezolano en las últimas décadas para poder entender la compleja realidad de la reclamación del Territorio Esequibo. Todo cuanto se haga o se deje de hacer desde el punto de vista político, económico y diplomático fortalecerá o debilitará el justo y legítimo reclamo venezolano iniciado en 1966.

La defensa del Territorio Esequibo corresponde a todos los venezolanos sin distinciones de ningún tipo. Sí, la unidad nacional es decisiva para lograr que se entienda con claridad que, dentro del respeto que tenemos por Guyana, consecuente con el carácter y naturaleza pacífica y respetuosa de la paz y de la negociación que siempre ha demostrado Venezuela en su política exterior, poseemos también la firme determinación de hacer respetar nuestros derechos sobre un territorio legítimamente venezolano y que nos fue arrebatado por el “Laudo Arbitral” de 1899.

Dentro de esta perspectiva, más allá de las palabras o de los oportunismos, Claudio Alberto Briceño Monzón (ULA), José Alberto Olivares (USB), Pablo Cohén Celis (CN.r) y quien escribe, ofrecemos a los lectores esta obra que tuvo el honor de coordinar. ☉

Prólogo a *La construcción de un territorio*

(viene de la página 6)

“El ya configurado Mapa de la Geografía Política de Venezuela de 1856 registra veinte de las veintitrés entidades federales, huellas o marcas socio-territoriales prevalecientes hasta el siglo XXI (...) Son muy pocos los cambios toponímicos, inclusive los de forma de los vocablos. Los casos de desaparición de topónimos también son muy raros. Las provincias de 1856 son fácilmente reconocibles porque coinciden en su mayoría con las entidades federales que componen la Venezuela de 2001 [y 2013. Nota mía]”.

Los topónimos usados para nombrar montañas, picos, ríos, pueblos, villas, ciudades, provincias (estados) y cantones (mu-

nicipios y parroquias) no salen del dedo de un poderoso gobernante. Se formaron lenta y colectivamente por obra de lo que Estaba llama “herencia patrimonial del encuentro de tres culturas”. Son: “Los topónimos elegidos por los españoles y, mayormente los de origen aborígen o africano, todavía patentizados en cualquier señalización de la magnífica red vial que recorre a la Venezuela de finales del siglo XX”. La obra de Estaba no se refugia en generalidades ingeniosas. Su aporte principal está en el detalle, el detalle significativo y probatorio. No le basta con demostrar la fuerza de soporte de la descentralización de Venezuela, sino que describe la cuestión en el decurso de formación de cada provincia, una a una, incluyendo municipios y parroquias, todo re-

latado con exquisitas probidad y sabiduría. Con esa larga premisa, entramos, en el capítulo 3, a uno de los temas nodales: la construcción del Estado moderno, que va de una primera fase de centralismo democrático de partidos al *desideratum* de la democracia territorialmente descentralizada y participativa. Ilustra el punto citando a un clásico, como lo es el notable administrativista venezolano Allan R. Brewer-Carías, para quien:

“En este país seguirá habiendo democracia solo en tanto en cuanto seamos capaces de entender que una vez consolidada tiene efectivamente que descentralizarse, es decir, acercarla más al ciudadano para que pueda participar en ella, y eso solo puede lograrse descentralizando el poder”.

Jorge Luis Borges y Quevedo, el gran poeta del Siglo de Oro español, abominaban de los prólogos largos, y este ciertamente parece ex-

tenderse tal vez demasiado. No es que comparta plenamente la opinión de esas dos grandes personalidades de la cultura hispánica, pero creo que con lo escrito me podría dar por satisfecho. A título de simple referencia, debo invitar al lector a analizar con Rosa María Estaba el salto que dio Venezuela en todos los órdenes de la cultura y el hacer administrativo durante años de democracia. Con las fallas muy importantes que merecidamente se le imputan, dejó atrás la obra de la más festinada de las autocracias, la del dictador Pérez Jiménez, cuya obra material es altamente recordada. Pues bien, Estaba, rigurosamente apegada a los hechos y datos que pone generosamente al alcance de todos los lectores, deja en claro que, incluso en lo atinente a obras de cemento armado, los gobiernos democráticos fueron superiores. ☉

**La Construcción de un Territorio. Venezuela 1500-2003*. Rosa Estaba. Academia Venezolana de la Ingeniería y el Hábitat. Caracas, 2021.

TERRITORIO >> LA BÚSQUEDA DE LAS FUENTES DEL ORINOCO

Narrar una hazaña, obsequiar lo heroico

"Julieta Salas de Carbonell ha labrado un libro pleno de levitación lectora: *El misterio de las fuentes*, texto-nave para trajinar un río superior y hallar su origen subterráneo"

GERARDO VIVAS PINEDA

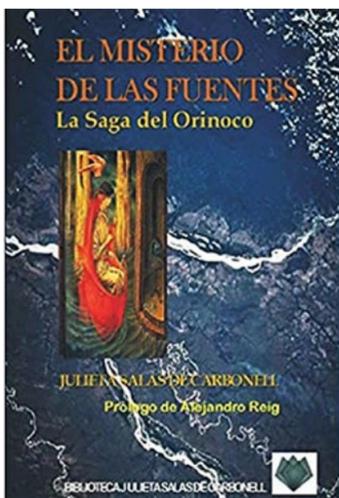
La gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá oscurecer malicia alguna
Miguel de Cervantes

Cuando dejábamos atrás las últimas exaltaciones de nuestra adolescencia y hojeábamos crónicas antiguas de viajes y descubrimientos, nos inquietó el trasfondo científico atribuido a esos ensayos exploratorios. Los registros rigurosos de Alejandro de Humboldt, Agustín Codazzi, Joaquín Francisco Fidalgo o Francisco Michelena nos permitieron acercarnos a la aventura de todas las aventuras: la elaboración y divulgación del saber venciendo los obstáculos de la naturaleza indómita. Las memorias de esos talentos internacionales se publicaron a ambos lados del Atlántico, pero ¡cómo costaba leerlas! La ciencia primeriza agolpaba sus ensayos experimentales con una terminología no apta para meros aficionados, mucho menos para públicos generales. Tras pocas páginas de lectura incipiente abandonábamos el intento, para volver a empezar y seguir retirándonos sin solución de continuidad. El tonelaje sapiencial nos frustraba una y otra vez por la extensión de sus capítulos, el detalle de los tecnicismos y la envergadura de sus conclusiones. Por fortuna, ya en edad proveya el repaso de esos monumentos bibliográficos lo ejecutamos con placer, gracias a la terquedad de nuestros sueños.

Muy al contrario de los sabihondos históricos, si se trata de escribir ciencia, narrar una hazaña y leer placenteramente, Julieta Salas de Carbonell ha labrado un libro pleno de levitación lectora: *El misterio de las fuentes*, texto-nave para trajinar un río superior y hallar su origen subterráneo. Literatos y filólogos hablan de recepción para encerrar conceptualmente la función activa del lector frente a la obra leída, posibilitando o negando su aceptación definitiva. En estos términos la pasividad ante el impreso queda aniquilada, al punto que hemos cometido el abuso har to subjetivo de imaginar a la autora –dejándonos llevar, sin duda, por un insolente atrevimiento–, contratando a un saboteador malintencionado para ofrecer anticipadamente a los expedicionarios un breve catálogo de peligros, enfermedades y muertes disponibles en el Alto Orinoco, la empresa exploratoria para descubrir las fuentes del río amazónico. Si nuestra especulación fuera cierta el proyecto descubridor habría sucumbido antes de nacer. La enumeración copiosa de esos peligros mostrados en el libro es digna de interés: ahogamiento en raudales; picadura de insectos o culebras; ataque de jaguares; atropellamiento por báquiros; infección y septicemia por picada de zancudos y jejenes; paludismo y otras fiebres calenturientas; fracturas mal curadas; forunculosis generalizada; deshidratación y sudoración constante; envenenamiento por flechazo indígena quizás untado de curare; intoxicación por hierba alucinógena; resfrios por cambios extremos de temperatura bajo lluvias casi permanentes; indigestión al comer gusanos, bachacos y otros insectos de la zona; inestabilidad mental por psicosis varias; electrocución potencialmente fatal por



JULIETA SALAS DE CARBONELL / JJ BLANCO H ©LETRALIA.COM



rayo desprendido de tormenta; fricciones y agresiones entre los exploradores, en fin, toda una colección de intimidaciones naturales, endémicas y personales esperándolos en un tablero selvático e impenetrable. Autorizada la expedición por el gobierno de Delgado Chalbaud en 1950 los datos fueron echados a la suerte o a la voluntad divina. La jugada funcionó. Todas las calamidades anotadas sucedieron y solo hubo una mortal desgracia no por causa natural, sino por culpa típicamente humana: un guardia nacional borracho no pudo chapalear al caer en el torrente. Lo cierto es que al término de la excursión, en noviembre de 1951, se había completado una auténtica hazaña digna de efusivos recordatorios oficiales y previsibles reconocimientos institucionales, sociales y periodísticos. La señora de Carbonell, esposa del médico de la expedición, doctor Luis Carbonell, asumió la tarea de contar esa historia irrepitable con el mejor instrumento narrativo: la seducción de las palabras bien trazadas para componer esa obra irresistible, alimentando el relato con el testimonio crudo y minucioso del protagonista de quien dependía la menguada salud de las 53 personas alineadas en el roster de la gesta exploratoria. Al joven médico de 26 años le abundó el trabajo curativo, y lo heroico fue posible entre percances dolorosos, enfermedades imprevistas e indisposiciones repentinas en el reino del Orinoco inalcanzable. La señora Carbonell nos lo ha obsequiado en 400 páginas gloriosas.

Mordida la carnada textual, el repaso de la arriesgada aventura, página por página, es irrefrenable e invita a abandonar compromisos de lectura paralelos. La entrada a tierra de los

guajaribos impone el riesgo de agresiones flecheras. Mucho peor es la tortura constante de zancudos y jejenes que se comen vivos a los hombres desnudos; navegan como Dios los trajo al mundo para sobrellevar el calor mientras cursan la vía fluvial. Tropiezos en raudales y torrentes casi ahogan a Carbonell y a otro de los profesionales. El encuentro con indígenas shirianas, sospechosos de antropofagia –luego se supo la verdad: los brazos esqueléticos que asaban en fogatas no eran humanos, sino pedazos de monos araguatos–, añade angustias al grupo excursionista. Sin previo aviso, el aterrizaje de mariposas amarillas en un descampado prefigura la escena en gestación que prende en la mente de un narrador colombiano todavía desconocido. Treinta años después el premio Nobel colgará de su pecho, y los lepidópteros dorados darán sosiego al lector de sus proféticos, escatológicos y cenagosos *Cien años de soledad*, como lo concedieron a la amenazada expedición criolla mientras planeaban por sorpresa en el campamento temporal. ¿Acaso se enteró el Gabo del episodio en la selva venezolana, cuando Mauricio Babilonia y los Buendía todavía eran una vaporosa visión en sus desvelos literarios? Casualmente las intrépidas mariposas siempre llegaban en la tarde, así en la expedición desesperada como en el baño de Meme donde unos esbirros mataron por amor al secreto pretendiente en el Maccondo inverosímil. Pero los hombres cansados y hambrientos encontraron una explicación mucho más prosaica a la invasión alada: la grasa pegada a los envases abiertos del Diablito enlatado volvía locas a las mariposas, aunque el agotamiento general apenas les permitía distracciones zoológicas a los fatigados hombres. Frecuentemente permanecían en ayunas hasta la cena, como había sucedido en 1534 a los expedicionarios de Alonso de Herrera, muerto a flechazos por los indios, según el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo: la noche los encontraba “cansados, flacos y arrepentidos”. El doctor Carbonell agregó a la extenuación física un diagnóstico inesperado: *el sopor mental*. El *Orinoco* indígena pasaba la misma factura a quienes intentaban profanar su primer caño agazapado desde hacía siglos.

Poniendo en una balanza los provechos desprendidos de este libro singular, nos encontramos frente a un caso de exitosa recepción literaria que se da por descontada. La respuesta del lector asume un protagonismo involuntario pero imperdible. No provoca soltar el tomo. La señora Carbonell ha tenido

el tino de combinar la narración justa de una historia en permanente desenlace –todo hecho se desenvuelve rápidamente sin nudo previo– suspendiendo al lector frente al brillo de la página digital. No hay descanso en el recuento diario de la aventura total, cuyo único objetivo consiste en sobrevivir para poder descubrir. A mitad del libro todo el mundo anda enfermo, y algunos excursionistas deben ser evacuados estando heridos, famélicos y exhaustos. Escorpiones y culebras pican a los portadores descuidados, pero el doctor Carbonell actúa sin retardo y no hay escenas fúnebres en el teatro de la selva.

El desarrollo del relato asume parámetros verbales positivamente efectistas. Tomando un poco al azar dos capítulos finales, el 15 y el 18, los verbos adoptan una evidente intencionalidad narrativa, agrupando a su alrededor las urgentes necesidades de los disminuidos varones, comenzando por el anglicismo *parachutear* (lanzar provisiones en paracaídas a los desesperados excursionistas). A continuación otros infinitivos de nuestra propia iniciativa complementan el uso verbal de la autora: *dejar caer* (en paracaídas), *bajar* (un pedido en paracaídas), *estallar* (botellas al caer en paracaídas), *reemplazar* (ropa perdida por nueva indumentaria lanzada en paracaídas), *llegar* (fotos aéreas y cartas en paracaídas), *enviar* (rollos fotográficos en paracaídas), *estar* (felices por los envíos en paracaídas). El descubrimiento de las fuentes en el capítulo 18 es la apoteosis de la acción constante y sin freno –“*Action is character*” decía Scott Fitzgerald en su cuaderno de notas: *cambiar* (la carga sobre los hombros ampollados), *sudar* (en exceso por extenuación), *oír* (gritos por picada de culebra), *inyectar* (suero antiofídico), *discutir* (violentamente cuál caño seguir), *clavarse* (puya en un ojo), *cerrarse* (la selva inaccesible), *no cesar* (el martirio de la plaga), *arribar* (a zona de las fuentes), *subir* (el cerro de las fuentes), *sonar* (el disparo con que Rísquez-Iribarren, comandante de la expedición, avisó el hallazgo final), *brindar* (con brandy y Ponche Crema por el descubrimiento). Los héroes llegan a la meta como al parto de un hijo sin madre, pero con 27 padres extenuados. La cuna quedó localizada en los 2 grados, 19 minutos y 05 segundos de latitud Norte, y 63 grados, 21 minutos y 42 segundos de longitud Oeste, a 1.042 metros de altitud, confirmando al río una trayectoria total de 2.063 kilómetros hasta su desembocadura. Sísifo había coro-

nado la cima y podía descansar para siempre, de la mano de afortunados y extraños Quijotes nacionales sobre Rocinantes a remo.

Mirando desde lo alto la selva descubierta en este libro deslumbrante, un sabor a país café con leche, complejo e incomprendido, pero prodigioso en sus extremos antropológicos, nos premea sin ambages al formular nuestra conclusión final. Más que unas fuentes reveladas del río máximo, nos abruma y sorprende el despliegue y contraste de costumbres nativas ante el visitante blanco, esbozando un espejo esmerilado donde los venezolanos nos miramos al pasar, sin comprender la densidad de nuestra entremezcla de sangres multicolores. Los baré, banivas, maquiritares, guajaribos y shirianas se aproximaban en diferentes grados de incredulidad, docilidad o impertinencia, por no decir amenaza. Animados por el intercambio de herramientas y comestibles los indios más confanzudos procedían a sobar una y otra vez los brazos, piernas, caras y pechos sudorosos de los invasores, tirando repetidamente de sus barbas mientras los abrazaban, obligándolos a echar tiros al aire para espantar a los ya abusivos aborígenes, dejando hediondos a los recién llegados por el olor característico de seres desnudos sin bañarse nunca para que el río no les atrapara sus espíritus, y andaban forrados de barro para protegerse de la plaga. En ocasiones más disipadas primero escupían la comida ofrecida por los exploradores antes de ingerirla, o venían acompañados de indias amamantando monitos bebés abandonados por sus madres. ¿Habría reformulado Charles Darwin algún inciso de su teoría evolucionista, al observar tales auxilios maternos a primates infantiles alimentados por la especie superior? Entre tanto alarde de mímica comunicacional, escuchar las leyendas de los chamanes sobre la creación del mundo atenuaba un tanto las diferencias entre unos y otros, proyectando una película imaginaria cuyo título podría sonar a un sugestivo trompetazo: *Antípodas misteriosas del gentilicio venezolano*. El gustoso libro de la Julieta narradora nos ha inspirado próximas lecturas de *El misterio de las fuentes*; ya lo pusimos en la alfombra voladora donde viaja el mismo Quijote del epígrafe inicial. Entre Bagdad y el Orinoco solo flota la lectura de lo sueños y el obrar de la escritura. ☉

**El misterio de las fuentes. La saga del Orinoco*. Julieta Salas de Carbonell. Editorial Ithaca, Venezuela, 2021.

INSTITUCIONES >> HITO DE LA HISTORIA CULTURAL VENEZOLANA

La Asociación Cultural Humboldt desde mi mirada



ALICIA PONTE-SUCRE / ARCHIVO

"La ACH ha sido entonces un instrumento de interconexión y de reconocimiento mutuo entre Alemania y Venezuela, y a lo largo de estos más de 72 años ha sabido transitar el reto que significa el legado de Baldó y Jaffé"

ALICIA PONTE-SUCRE

El 22 de junio de 2019, la Asociación Cultural Humboldt cumplió 70 años de fundada, siempre desempeñando de forma exitosa su misión y visión al promover el intercambio de cultura entre Alemania y Venezuela. Apenas unos meses después, en marzo 2020, debió cerrar sus puertas debido a la situación de pandemia. A lo largo de los meses sucesivos la asociación comprendió que debía reinventarse y así fue, al igual que en sus inicios, comenzó a conquistar espacios, esta vez virtuales para seguir su programación cultural.

Pero, qué es la Asociación Cultural Humboldt (ACH). Para definirla hay que comenzar por sus orígenes en 1949 y mencionar a sus fundadores, Dr. José Ignacio Baldó y Dr. Rudolf Jaffé, ambos médicos. Estos dos personajes, junto con otros venezolanos y alemanes radicados en el país fueron los creadores de esta hermosa institución.

Baldó, venezolano educado en Alemania, y Jaffé quien llegó desde Alemania a Venezuela escapando de una situación al límite, fueron personas "que trascendieron los límites de sí mismos y cultivaron mundos más allá de su profesión". Ambos eran apasionados por la diversidad y la pluralidad como factores para mantener lo que se denomina en medici-

na la homeostasis. Esta es una propiedad de los organismos vivos, una palabra si queremos mágica por el significado que encierra. La homeostasis nos habla de la capacidad de mantener la estabilidad interna compensando los cambios del entorno mediante un intercambio regulado con el medio externo o ajeno.

La ACH es de hecho un organismo vivo. Es una institución cuyo intercambio con el medio externo implica trascender, simultáneamente mantener su estabilidad y adicionalmente romper paradigmas para adaptarse a los retos culturales que la rodean. Sus labores fundamentales, al menos desde mi mirada consisten en creer y preservar la diversidad y la pluralidad de las artes y las ciencias -consideradas como un bien intangible de la humanidad-, y luchar por la magia de ofrecer a todos esa cultura para así consolidar el balance que debe prevalecer siempre entre individuos y saberes, expresados en forma de cultura. Los fundadores de la Asociación Cultural Humboldt como ya mencioné fueron médicos y se lee en los cuadernos que la ACH ha publicado sobre ellos que luego de la fundación de la ACH se ofrecían de forma reiterada conciertos, teatro, tertulias y charlas científicas.

¿Y cómo llego yo a la Asociación Cultural Humboldt? ¿Qué me hizo interesarme en esa cultura y acercarme a este nicho caraqueño? Para ello debo remontarme a mi infancia, cuando aprendí de mi padre, Guillermo Ponte Rodríguez a amar la cultura. Hay historias que narran que Otón I, emperador del sacro imperio Romano-Germánico, quien en el siglo X otorgó a la familia Ponte el privilegio de llamarse "Ottones". Mi esposo Horacio Vanegas Fischbach, en tono jocoso confirma de esta forma que sí tengo ancestros alemanes.

De su mano, de Horacio, ya adulta, aprendí aún más de cultura, música, arte, etc. Y además a amar la cultura alemana. Horacio tiene ascendentes muy cercanos en la cultura alemana. De hecho, su abuelo materno nació en Wuppertal. Horacio lleva lo alemán en su alma. Él fue presidente de la ACH durante dos periodos, cada uno de dos años. Fue quien me llevó a la ACH. Así que ser miembro primero de la Junta Directiva de la asociación, luego presidente de la misma, y seguidamente coordinadora del Con-

sejo Consultivo, fue algo que se dio de forma natural. Pertenecer a la asociación ha sido un capítulo muy querido de mi historia, una experiencia enriquecedora que me mantiene activa en la misión de la importancia de la difusión de la cultura y la interacción entre las culturas de ambos países. Además, es un honor ser la segunda presidente de la ACH, luego de mi querida profesora de literatura Luisa Veracochea de Castillo.

Setenta y dos años es mucho tiempo para una institución en Venezuela y la ACH los exhibe como un hermoso galardón. Siempre es valioso ver en retrospectiva cómo puede contabilizarse el saldo de lo vivido y aportado, en este caso durante esos 72 años. Podríamos enumerar, por ejemplo, cuántos conciertos, charlas, exposiciones, visitas, etc. se han llevado a cabo en la asociación y allí entonces tendríamos un saldo contable de la actividad de la institución. Ese es un número muy importante que muestra al mundo venezolano y global datos concretos. Pero desde mi mirada hay un saldo muy valioso y que se asocia al concepto de cultura, que es al que quiero referirme.

Desde su fundación, la asociación comenzó a escudriñar espacios y resquicios y apoderarse de la curiosidad de los caraqueños, quienes comenzaron a explorar la cultura alemana desde la perspectiva de la ACH y aprendieran a amarla. Un gran acierto fue el nombre dado a la misma, Asociación Cultural Humboldt, debido a la admiración generalizada que el venezolano tiene por este personaje y su ideología y el legado de Humboldt a Venezuela. Además, el venezolano comenzó a entender que "lo alemán" no es solo cultura, en el sentido artístico de la palabra, que también incluye los saberes científicos como uno de las más acabadas expresiones de cultura de un pueblo, y que en el caso de Alemania es extraordinario, y que Humboldt fue protagonista en ese legado cultural que implica la exploración de la naturaleza que tan minuciosamente llevó a cabo en Venezuela y el resto de América.

Así, la asociación, reconociendo su justo valor como institución y la valía de ambas culturas, ha sabido con empatía construir los puentes necesarios para transmitir lo valio-

so que cada saber, el venezolano y el alemán, tienen para ofrecer, con respeto y admiración. La ACH ha sido entonces un instrumento de interconexión y de reconocimiento mutuo entre Alemania y Venezuela, y a lo largo de estos más de 72 años ha sabido transitar el reto que significa el legado de Baldó y Jaffé. Ese discurso de pluralidad y diversidad en la cultura en todos los ámbitos de la vida que heredamos de Humboldt y con el cual yo también me identifico.

Al 2021 es un desafío inmenso el continuar siendo espacio para el enriquecimiento de los valores científico-culturales de Venezuela y su intercambio con los valores alemanes, la ACH lo logra con creces. Yo lo llamo "hacer civilidad". Retos, tenacidad, voluntad y conciencia, son palabras claves que han guiado el quehacer de la ACH durante estas décadas.

Volviendo a la pregunta, ¿tendré sangre alemana? Mis dos familias llegaron a Venezuela antes de los Welzares unos y después de ellos los otros, pero ambas antes del comienzo incluso del siglo XVIII. Mucha agua ha pasado por ese río que son las generaciones y las familias y muchos lugares venezolanos han sido recorridos por ambas familias. La genética nos enseña que tenemos múltiples orígenes, nadie es puro, de nuevo la palabra crisol aparece en mi discurso, y no debemos perderla de vista. Considero ser un crisol con influencia de muchos lugares, personas y estilos de vida y estoy convencida que el encontrar resonancia en "lo alemán", lo que me facilitó enormemente acercarme exitosamente a esta cultura.

En el título de este breve escrito hablo de mi mirada sobre la asociación. ¿Qué representa para mí esta institución? Recorro al diccionario de la Real Academia para buscar su definición precisa y sobre ella elaborar lo que siento. Según el mismo, representar es hacer presente algo con palabras o figuras que la imaginación retiene.

Desde mi mirada, y similar a lo que su epónimo Alejandro de Humboldt describió en relación a la naturaleza con su concepto de *Naturgemalde*, "la pintura de la naturaleza", imaginar la asociación como institución, me permite vivenciar una red donde las expresiones de la cultura se interco-

nectan. Siento además que simultáneamente la ACH busca un sentido de unidad puesto que la cultura es un concepto en singular. De hecho, en múltiples oportunidades se han realizado conciertos, exposiciones y charlas científicas, u obras de teatro o sesiones de poesía, a la par que clases de música o ballet de forma simultánea en nuestros espacios, todas, expresiones de cultura. Esto quiere decir en mi concepto que la asociación representa una red de interconexión de los ciudadanos en su quehacer más sofisticado, la cultura.

De hecho, es interesante leer cómo en sus orígenes la ACH parecía más pertenecer al imaginario de un grupo de notables, que se reunían en la casa de uno de ellos en una urbanización de Caracas, para luego infiltrarse en el imaginario de un caraqueño ya menos de techos rojos y más de edificios clase media, como donde quedaban las oficinas de la asociación en Bello Monte; su sede era más bien discreta. Pero finalmente, la Asociación Cultural Humboldt logra capturar el imaginario no solo de los caraqueños sino de múltiples instituciones públicas y privadas que creyeron en el proyecto de intercambio cultural representado por ella. Este hecho queda evidenciado de forma muy concreta en la hermosa sede de San Bernardino estrenada a finales de los 80, momento en que, desde mi punto de vista, se cierra el círculo de la evolución histórica de la institución y su vinculación al imaginario del caraqueño, para consolidarse como un oasis de cultura que todavía hoy: mantiene una réplica de la Biblioteca Humboldt, al entrar en ella regresas a la época en que el sabio culminaba su obra el *Cosmos* al final de su vida en Berlín; amplios espacios donde el jardín xerofito te conduce a la selva tropical y simultáneamente te abre paso hacia el salón Schnoegass; la romanilla y la madera clara que invitan a la luz a colarse por las rendijas de las ventanas para otorgar luminosidad al espacio; y las escalinatas de gran sencillez y elegancia que te invitan al Teatro Humboldt, con sistemas técnicos de tramo, luces y audio en su sala, amén del gran piano de cola, que no existen en otras salas del país. Y así han transcurrido años de historia en los cuales la ACH se ha hecho presente en la cultura de la ciudad.

Pero en marzo del 2020 la pandemia sorprendió al mundo con toda su carga de zozobra e incertidumbre. Y la ACH, con su característica forma de actuar frente a retos de avanzada, acertadamente comenzó a migrar hacia el formato digital de eventos y las presentaciones, consolidando el lema de seguir presente en el imaginario del público caraqueño a pesar de las vicisitudes y las adversidades. El éxito de esta iniciativa ha estado en abordar este desafío con una visión distinta e integral que se ha traducido en un novedoso formato que, más que limitar, aumenta la audiencia y ha permitido asumir la incertidumbre para transformarla en certeza y esperanza.

Más aun, a la fecha de julio de 2021, la Asociación Cultural Humboldt asume nuevos retos reabriendo sus espacios con todas las normas de bioseguridad requeridas por la época de pandemia. Sigue trascendiendo sus paradigmas y sigue creyendo en la diversidad y la pluralidad como expresión de humanidad. Mucho éxito en esta nueva etapa.

Cierro estas reflexiones recordando al epónimo de la Asociación, Alejandro de Humboldt y su filosofía; la Asociación Cultural Humboldt del siglo XXI, en un mundo individualista y que tiende a separar tan vívidamente las ciencias, las humanidades y las artes, lo objetivo de lo subjetivo, nos recuerda cómo la vida, incluido el esparcimiento y la reflexión, necesita para ser comprendida un toque de imaginación. ☺

*Alicia Ponte-Sucre (1955), ex presidenta de la Asociación Cultural Humboldt es investigadora y profesora titular de la Universidad Central de Venezuela, Coordinadora del Laboratorio de Fisiología Molecular, autora de numerosos libros y artículos científicos.